

A man with short brown hair, looking down, wearing an open dark shirt. The background is a night city skyline with lights.

Besando a la jefa de papá

Chicas con curvas dulces y atrevidas

A decorative teal flourish consisting of a wavy line with three loops.

Lisa Freed

Besando a la jefa de papá

Una chica con curvas OTT Instalove Romance tórrido

Lisa Freed

Copyright © 2024 Lisa Freed

Todos los derechos reservados

Los personajes y acontecimientos descritos en este libro son ficticios. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, es coincidencia y no intención del autor.

Queda prohibida la reproducción total o parcial de este libro, así como su almacenamiento en un sistema de recuperación de datos o su transmisión de cualquier forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso expreso y por escrito del editor.

ISBN-13: 9781234567890

ISBN-10: 1477123456

Número de control de la Biblioteca del Congreso: 2018675309

Impreso en los Estados Unidos de América

Contents

[Title Page](#)
[Copyright](#)
[CAPÍTULO UNO](#)
[CAPÍTULO DOS](#)
[CAPÍTULO TRES](#)
[CAPÍTULO CUARTO](#)
[CAPÍTULO CINCO](#)
[CAPÍTULO SEIS](#)
[CAPÍTULO SIETE](#)
[CAPÍTULO OCHO](#)
[CAPÍTULO NUEVE](#)
[EPÍLOGO](#)
[EPÍLOGO EXTRA](#)

Una tórrida novela corta en la que todo gira en torno a embarazarla

ALICIA

Llevar a mi hermano pequeño al trabajo de papá fue una decisión impulsiva. Nunca imaginé que cambiaría toda mi vida. Cuando su jefe me ofrece un trabajo y declara que quiere dejarme embarazada, debería salir corriendo. Pero no lo hago...

CONRAD

En cuanto la vi con un hijo, supe que necesitaba que tuviera el mío. Puede que tenga diecisiete años menos que yo y sea hija de mi empleado, pero no me detendré ante nada embarazarla. Haré lo que haga falta para tener una familia con Alicia.

Sin protección entre ellos, ¿están sus corazones abiertos a algo más que un bebé?

Besando a la jefa de papá es un romance al vapor con un macho alfa que sabe lo que quiere y una joven curvilínea dispuesta a todo lo que él puede ofrecerle.

CAPÍTULO UNO

CONRAD

"Mmmhhmmm..." Murmuro despreocupadamente mientras mis ojos parpadean rápidamente sobre los documentos de mi escritorio. Tacho mi nombre y paso a la página siguiente, repitiendo el proceso cuatro veces más, mientras hago varios ruidos de asentimiento.

"Conrad Jeffery Benton, ¿me estás escuchando? La voz estridente de mi madre rompe mi concentración, y dejo el bolígrafo con un suspiro.

"Sí, madre. También estoy en el trabajo, así que estoy ocupada". Mis dedos vuelven a alcanzar el bolígrafo, sólo para detenerse cuando su indignado resoplido de exasperación me corroe un poco de culpa. No soy ni mucho menos un niño de mamá y, aunque no he sido el hijo más cariñoso, quiero mucho a mi madre. Puedo dedicarle unos minutos de mi limitado tiempo.

"Perdona. Continúa, por favor".

El silencio me saluda, y es todo lo que puedo hacer para reprimir mi gruñido de impaciencia.

Nuestro pequeño enfrentamiento se prolonga un minuto entero y, justo cuando mis dedos se deslizan por mi escritorio hacia el brillante bolígrafo dorado en relieve, ella pone fin a la breve lucha de poder. "Uno pensaría que un hombre que roza los cuarenta estaría más agradecido por tener a su madre viva y sana".

"Estoy muy agradecido de que estés viva, madre". Poniendo los ojos en blanco, me alejo del pesado escritorio de madera de caoba y giro la afelpada silla de cuero marrón para mirar hacia la ventana del suelo al techo que ocupa toda una pared de mi despacho. El infinito cielo azul, que no tiene ni una mota de nubes blancas que lo estropee, capta mi atención.

Mientras contemplo el mundo luminoso, la enormidad de la vida rompe el muro de gris del que parezco estar rodeada. Levanto la mano y me clavo los dedos en los rígidos músculos del cuello mientras me golpea. Últimamente he estado tan preocupada que me he perdido los placeres sencillos de la vida. Como la alegría de un soleado día de primavera.

Entonces proceso el resto de sus palabras y se me escapa un ladrido de risa. "¿Cuarenta? Te precipitas, ¿verdad? Sólo tengo..." Hago una pausa y repaso mentalmente la fecha.

"Treinta y nueve", interrumpe mi madre sonando engreída.

Tiene razón. Mi cumpleaños fue la semana pasada. Con lo ocupada que he estado, lo había olvidado por completo.

Mierda. ¿Dónde han ido a parar los años?

Frunzo el ceño, me pongo de pie, apoyo un brazo en el cristal y contemplo el parque adyacente al edificio de mi oficina. No recuerdo haber recibido ninguna llamada de mi madre ni de mis hermanos. No es que realmente esperara una...

"Treinta y nueve años y aún soltero. ¿Por qué no traes a esa simpática novia tuya el próximo fin de semana? ¿Cómo se llama... Melissa?".

"Melinda". Mi ceño se frunce. "Rompimos hace dos meses". Por la razón que mi madre insinúa ahora, discutimos sobre lo comprometida que era nuestra relación. O más bien, por su deseo de conseguir el anillo de diamantes que pretendía desde el momento en que empezamos a salir. Le hice saber desde el principio que ésa no era la relación que me interesaba. No tengo tiempo ni ganas de que una mujer trepadora social quiera llevar mi nombre por los círculos

internos. Lo único que quería era que montara mi polla, algo que hizo bastante bien.

"¿Y qué quieres decir con el próximo fin de semana? ¿Qué es el próximo fin de semana?" gruño.

Un suspiro racheado recorre los kilómetros que nos separan. "Nuestra reunión familiar. Tus hermanos y sus familias vienen a pasar la semana, y hemos pensado que estaría bien que la oveja negra de la familia también nos obsequiara con su presencia."

"¿Por qué es la primera vez que oigo hablar de ello?". chasqueo mientras mis dedos se clavan más en la tensa cuerda de mi cuello.

Un destello de movimiento en el parque me llama la atención. Una mujer corre detrás de un niño rubio, con su larga melena rubia ondeando tras ella como la cola de una cometa. Corriendo y zigzagueando entre los tulipanes blancos y amarillos y los arbustos verde oscuro cuidadosamente colocados, la juguetona pareja sonríe con la boca abierta. El niño y la mujer prácticamente brillan de salud y felicidad, y sus payasadas me tienen cautivo.

Las ventanas son gruesas y están insonorizadas, por lo que no oigo sus risas alegres, pero las duras líneas que delimitan mi boca se suavizan cuando observo su juego despreocupado y me quito la mano del cuello.

Esta vez no hay suspiro, ni nada que prepare mis tímpanos para el gruñido frustrado de mi madre. "¡Llevo cinco minutos hablando de ello!".

Al enderezarme de mi postura despreocupada, mis labios vuelven a fruncir su habitual ceño mientras mi temperamento se enciende. Pero esta vez es autodirigido.

¿De verdad? ¿Estoy perdiendo el toque por no poder seguir una conversación básica mientras reviso unos formularios de gastos? Me enorgullezco de mi capacidad multitarea, y aquí estoy fuera de juego.

"¡No me extraña que Melissa haya roto contigo!", sigue tronando.

"Melinda", corrijo automáticamente.

Madre continúa como si yo no hubiera hablado. "¿Cuándo vas a tomarte en serio otra cosa que no sea la cuenta de resultados? Puede que no te des cuenta, Conrad, pero en esta vida hay cosas más importantes que el dinero. Sólo espero que te des cuenta antes de que sea demasiado tarde".

Durante su diatriba, mi mirada vuelve a posarse en la escena de abajo. Veo cómo la mujer atrapa al niño. Lo levanta, lo hace girar y su cara está radiante de felicidad. Cuando se detienen vertiginosamente, ella le planta un beso en la mejilla regordeta y mi palma choca con el cristal con un ruido sordo mientras algo extraño se retuerce en mi pecho.

Una agonía sin precedentes me atraviesa. Un áspero silbido de aire se escapa a través de mis dientes apretados y aprieto con más fuerza la mano contra el cristal, como si de algún modo pudiera salir de este despacho estéril y estar allí abajo con ellos. Como en un sueño, me veo balanceando al niño mientras chilla de alegría. Envuelvo a su madre con el otro brazo y la acerco, sus labios se separan para recibir mi beso mientras sus ojos brillan de amor.

Me golpea con toda la fuerza de un placaje y tengo suerte de que no me fallen las rodillas mientras me desplomo contra el cristal, con los ojos cerrados mientras me bombardean con la verdad.

Eso es lo que ha faltado en mi vida, y yo no tenía ni idea. Pasaba horas interminables trabajando. Empujando hacia la siguiente adquisición una y otra vez. Llenando mi vida de cosas vacías y pensando que, de algún modo, estaba satisfecha.

Pero no lo era.

Largas noches sin dormir. Beber hasta la inconsciencia sólo para pasar otro día, otra

semana, otro mes de lo mismo. Un verdadero desfile de mujeres a lo largo de los años que me dejaron sin aliento, pero no hicieron nada por mi alma.

Con un gemido, mi frente cae sobre el cristal.

El dinero, el éxito, mi estilo de vida... todo carece de sentido.

Anhelo desesperadamente lo que veo debajo de mí. Alguien que haga que todos los años de trabajo merezcan la pena. Todo lo que tengo, todo lo que soy, puedo compartirlo con ellos.

Quiero eso.

La mujer, el hijo, la familia. Todo.

La fuerza de esta revelación me deja tan inestable como un potro recién nacido. Sacudiendo la cabeza, mis ojos buscan de nuevo a la mujer y al niño, mi faro de esperanza y claridad, sólo para encontrar el parque desierto.

¡No!

Ignorando la llamada con mi madre, avanzo con determinación. Mis puños tiemblan mientras se enfurecen contra el cristal y las varias historias que nos han separado.

Entonces mi mirada desesperada los encuentra. El niño pequeño arropado contra el cuerpo de su madre mientras ella sale a grandes zancadas del parque.

Mi corazón golpea contra mis costillas, el latido furioso y doloroso mientras los veo marcharse.

¡No pueden ir! Debo reunirme con ella. Hablar con ella.

Estoy casi mareada por la sangre que se me sube a la cabeza, aunque me invada un cálido propósito.

La quiero. Y soy un hombre que consigue lo que quiere.

Puede que esté casada. O madre soltera. Tengo que averiguarlo.

Ahora.

Durante todo esto, mi madre ha permanecido al teléfono, zumbando silenciosamente con energía furiosa. Me disculparé con ella más tarde. Apartándome del cristal, le digo con voz ronca: "Estaré allí el próximo fin de semana. Adiós, madre".

"Fin de la llamada", digo mientras salgo corriendo de mi despacho y paso junto a la mesa de mi ayudante como si me pisaran los talones los sabuesos del infierno. Me olvido de todo lo relacionado con la llamada. Todos mis pensamientos se centran en la mujer que está fuera y en llegar hasta ella antes de que desaparezca de mi vida para siempre.

Apuñalo el botón del ascensor y me quedo de pie con los dedos apretados a los lados, mientras, como un animal enjaulado, mi corazón late frenéticamente dentro de mi pecho.

¡Encuétrala! ¡Encuétrala! retumba en mi cabeza.

¿Dónde está el maldito ascensor?

No dispuesta a esperar ni un segundo más, salgo hacia las escaleras, temiendo que cualquier retraso me haga perderlas.

Prácticamente bajo volando los tres pisos de escaleras mientras me invade una necesidad feroz. Apenas he sudado cuando salgo del hueco de la escalera y me dirijo hacia las puertas dobles de la entrada.

Treinta y nueve puede besarme el culo.

No soy viejo. Estoy bien curtido.

En la planta baja, alguien se interpone en mi visión periférica que hábilmente esquivo e ignoro. En cuanto mis pies tocan la acera fuera del edificio, salgo corriendo hacia el parque, con la corbata moviéndose detrás de mí mientras corro.

Tras varios minutos infructuosos de búsqueda, reconozco con dolor que ella y el niño han

abandonado el parque.

¡Joder!

Gruñendo de frustración, me paso las manos por el corto pelo castaño y camino a paso por la entrada del parque mientras mi mente se pone en marcha para encontrar una solución. La tengo en menos de cinco segundos.

Las cámaras de seguridad. No sólo hay cámaras en todo el edificio, sino también en el perímetro exterior del edificio, incluido el parque.

Mi jefe de seguridad es demasiado disciplinado para decir nada sobre mi petición, aunque sus ojos marrones y planos se abrieron lo más mínimo. Me importa un bledo lo que piense. Le pago el sueldo, así que hará lo que yo le pida.

Sólo tardo un momento en encontrarlos en las cintas. La conmoción me invade al verlos salir del parque y entrar en MI edificio. Luego me veo a mí misma salir corriendo por las puertas unos minutos más tarde y hago una mueca de dolor ante el áspero gruñido de mi cara.

Frotando una mano a lo largo de mi suave mandíbula, inhalo profundamente y me centro, dándome cuenta de que probablemente es mejor que no haya encontrado a la mujer misteriosa fuera, ya que podría haberla aterrorizado con mi intensa expresión.

Con unos pocos clics, cambio la alimentación de la cámara para ver las cámaras interiores desde el momento en que entraron en el edificio.

Siguiendo su avance hacia su destino final, mi gruñido vuelve a su sitio.

Al salir de la oficina sin decir una palabra al jefe de seguridad que aguardaba estoicamente en la puerta, se me revuelve el estómago al subir las escaleras y dirigirme al despacho de uno de mis empleados menos favoritos, Henry Walker.

Walker es un odioso lameculos. También es competente, que es su única cualidad redentora y la única razón por la que no le despedí cuando adquirí la empresa hace siete años. A pesar de la antipatía que siento por él, mi mente saca toda la información personal disponible que tengo sobre él. Hace unos años, Henry se volvió a casar y poco después tuvieron un hijo.

El dolor me oprime el pecho como una prensa mientras el ascensor sube suavemente hasta el tercer piso.

Llego demasiado tarde. Ese hombre repugnante está casado con mi impresionante rayo de sol.

CAPÍTULO DOS

ALICIA

Los chillidos de entusiasmo de Hank atraviesan el parque y me hacen sonreír. Al crecer como hija única, deseaba con todas mis fuerzas tener un hermano. Cuando papá se volvió a casar hace tres años, ese deseo se hizo finalmente realidad cuando tuvieron a Henry Jr. poco después. Con nuestra diferencia de edad y el horario de trabajo de Laura, he asumido más el papel de madre que el de hermana mayor, y me parece bien.

En el momento en que lo pusieron en mis ansiosos brazos y contemplé la carita regordeta de mi hermanito con sus largas pestañas, los labios fruncidos y la barbilla testaruda de la familia, algo dio un vuelco en mi corazón. Al respirar su suave aroma de bebé, me invadió la certeza de que esto era lo que estaba destinada a ser. Una madre.

Mis amigos se rieron de ello, diciéndome que soy demasiado joven para tanta responsabilidad y que mis veinte años están hechos para salir de fiesta y divertirme. Y quizá eso sea lo correcto para ellos.

Pero no es para mí.

Sé con certeza, como sé mi propio nombre, que ése es mi destino, y nadie puede convencerme de lo contrario.

Además, no sólo estaría yo, también estaría el padre del bebé. No es que haya conocido a nadie que me pareciera "el indicado" para construir una vida y una familia con él. Lo único que querían mis anteriores novios era pasar el rato, emborracharse y jugar a videojuegos. Para ellos, el consejo de que son demasiado jóvenes es acertado. Necesitan quitarse esa mierda de encima antes de poder abrazar la paternidad.

Necesito a alguien con los mismos objetivos y valores que yo. Alguien dispuesto a sentar la cabeza y trabajar por nuestro futuro. Un compañero además de un amante. Un hombre, no un niño.

"¡Allie! La fuerte llamada de mi hermano me saca de mis cavilaciones y sonrío a la niña de pelo rubio.

"¡Persígueme!" grita, echando a correr.

Inspirando hondo, mi amor por Hank me llena el pecho mientras el aire entra a toda velocidad en mis pulmones y la felicidad me inunda. Mi cuerpo se agita mientras me dispongo a perseguirle, pero no puedo evitar detenerme un momento y echar un vistazo al edificio de oficinas de papá. Desde hace unos minutos, siento un zumbido en la nuca. La sensación de ser observada me pica como una molesta picadura de insecto.

A pesar de mi mirada atenta, las ventanas de espejo no revelan nada, guardando sus secretos.

Me encojo de hombros y corro tras Hank, alcanzándole fácilmente con mis piernas mucho más largas. Lo agarro por debajo de las axilas, levanto su cuerpecito contoneante, risueño y robusto y le doy la vuelta, deteniéndome sólo para acurrucarlo y plantarle varios besos sonoros y sonoros en sus mejillas redondas.

"¡Otra vez! Otra vez!", exige.

Dando vueltas, mis brazos se aprietan alrededor de su cuerpo. "No. Es hora de ir a visitar a papá".

"¡Papá!", chilla.

El entusiasmo de Hank es contagioso, y me comprometo a venir a este pequeño parque más a menudo. Papá lleva años trabajando aquí, y nunca he prestado mucha atención a lo que había detrás de su edificio de oficinas. Por otra parte, sólo he ido a su trabajo unas pocas veces, sobre todo para llevarle los almuerzos que se olvidaba o una vez para hacer un cambio de vehículo cuando su coche necesitaba un cambio de aceite. Ahora que sé que el parque está aquí y es tan bonito, me imagino a Hank y a mí haciendo de esto algo semanal.

Al cruzar la puerta, es como entrar en otro mundo. El brillante azul huevo de petirrojo del cielo y el verde exuberante de la hierba han desaparecido, y han sido sustituidos por paredes grises estériles y muebles monótonos de tonos azules tan claros y desvaídos que también podrían ser grises. El aire fresco y dulce del exterior ha desaparecido. Encerrado por las puertas que se cierran y nos encierran en el ambiente frío e insípido producido por un sistema de aire central de alta potencia.

Es deprimente y mi estado de ánimo cambia.

Estudié empresariales, pero cada vez me replanteo más esa decisión.

O al menos la idea de trabajar en el mundo empresarial.

Dirigir mi propio negocio suena mucho más emocionante. He estado investigando los costes de puesta en marcha, descargando los permisos e investigando las certificaciones necesarias para montar mi propia guardería. ¿Por qué no hacer carrera de mi amor por los niños?

Y cuando conozca al hombre adecuado con el que formar una familia, espero estar en el punto de mi negocio en el que pueda volver a desempeñar un papel más directivo. O simplemente vender el negocio, ya que quiero ser madre a tiempo completo.

Pero me estoy adelantando. Como siempre. Sueño a lo grande, pero necesito esforzarme para hacerlo realidad.

Subiendo en el ascensor hasta el tercer piso, Hank rebota en mi cadera y enreda sus manos mugrientas en los mechones de mi largo pelo que cuelgan sobre mi hombro. Me he dejado la bolsa de los pañales en el coche, junto con las toallitas. Tal vez debería parar primero en un baño con Hank para que se aseara.

Pero mientras avanzo por el pasillo en busca de uno, veo la figura alta y calva de nuestro padre, Henry Walker, saliendo de un despacho. Sus apagados ojos verdes se abren tras sus gafas sin montura y su rostro cansado se ilumina cuando nos ve.

No fue el padre más práctico cuando yo crecía, debido al estrés del divorcio y a la compra de la empresa para la que trabajaba, así que estoy encantada de que desempeñe un papel más activo con Hank.

"Vaya, qué agradable sorpresa. Mi hija favorita y mi hijo favorito". Se inclina hacia mí y me zumba un beso seco en la frente antes de alcanzar a Hank, que ya se está apartando de mí para llegar hasta nuestro padre.

Antes de que pueda advertirle sobre las manos sucias de Hank, se enganchan al cuello de papá.

"Hola, grandullón".

"¡Papá!" grita Hank. A los dos años, ése parece ser su ajuste de volumen, cada vez más alto.

Haciendo un gesto de dolor, papá se echa hacia atrás riendo. Sus ojos giran alrededor del pasillo vacío, su ceño fruncido. "¿Laura está contigo?"

"No, está haciendo unos recados y pensé que Hank y yo te daríamos una sorpresa. También hemos echado un vistazo al parque de al lado".

"¿Ah, sí? ¿Cómo fue?"

"¡Era genial! Muy bien cuidado, con mucho espacio para que Hank corriera".

Moviendo a Hank entre sus brazos, su mirada se estrecha. "¿Hay juegos infantiles?"

Alargo la mano para jugar con la correa de la bolsa de los pañales, pero no está ahí. Mi mano cae a mi costado para retorcerse en el material de mi camisa. "No, no es ese tipo de parque".

Frunce el ceño. "Oh, la próxima vez llévale a un parque infantil en condiciones".

Quiero argumentar que Hank se divertía sin columpios ni toboganes, pero es inútil discutir con mi padre por cosas así, así que me guardo mis pensamientos.

"¿Tienes hambre, grandullón?"

"¡Sí!"

Haciendo rebotar a Hank en sus brazos, papá sonríe cariñosamente. "Vamos a la cafetería a comprarte algo". Sin pedirme opinión, se dirige hacia los ascensores.

Tengo un montón de tentempiés en la bolsa de los pañales... que me he dejado en el coche. Supongo que un tentempié de una máquina expendedora no es lo peor del mundo, así que sonrío alegremente y sigo obedientemente a los dos hombres más importantes de mi vida.

La cafetería es muy diferente de lo que me imaginaba. Debería haber sabido que una empresa de alta tecnología como Advantage no se conformaría con una sala pequeña y estrecha con unas pocas mesas redondas, sillas de plástico incómodas y una hilera de máquinas expendedoras negras abolladas llenas de donuts rancios y galletas de queso muy procesadas. La gran sala abierta es de un gris apagado, pero tiene un banco de ventanas que dan al parque y varias sillas acolchadas y cómodas alrededor de largas mesas. También tiene bocadillos, bollería fresca, zumos ecológicos embotellados y lo que parece ser una lujosa máquina de café expreso plateada.

El local está bastante desierto a esta hora, así que lo tenemos para nosotros solos. Papá acomoda a Hank a su lado y yo me siento frente a ellos, en el extremo de una de las mesas más cercanas a las ventanas, con un zumo de naranja ecológico en la mano. Hank se mete en la boca enormes trozos de queso danés con cerezas mientras sonríe a nuestro padre.

Se me derrite el corazón al ver la adoración en la cara de mi hermano y estoy extendiendo una servilleta para quitarle un poco de la cereza pegajosa de las mejillas cuando papá pregunta: "¿Has enviado hoy más currículos?"

Concentrada en limpiar lo peor de la pringue roja de la cara de Hank, no le contesto enseguida.

"Alicia...." Su voz retumba en el silencio de la cafetería vacía, y yo retrocedo con la servilleta sucia agarrada en la mano.

Las líneas se amontonan en la frente de papá mientras suelta: "Te he preguntado si ya habías enviado algún currículum".

Hago una bola con la servilleta en el puño, dejo caer las manos sobre el regazo y levanto la barbilla. "En realidad, he estado pensando en montar mi propio negocio. Una guardería".

Las arrugas de su ceño se hacen más profundas y aparta de un manotazo la mano de Hank cuando el niño intenta coger un segundo danés. Ante el suave llanto de Hank, frunzo los labios y me cuesta resistir el impulso de regañar a nuestro padre por el trato que da al niño. Pero mantengo la boca cerrada porque Hank es su hijo, no el mío.

"Mira, Alicia, es maravilloso lo entregada que estás a Hank, y has sido de gran ayuda mientras Laura acomoda su agenda, pero tienes que tomarte en serio tu carrera y no dejar que tu título se eche a perder. ¿Cuidar a los hijos de otras personas? Eso es algo que hacen los adolescentes después de la escuela, no las jóvenes licenciadas en administración de empresas".

"Pero es algo que me apasiona y esta zona necesita desesperadamente más guarderías. Mira la larga lista de espera en la que Laura tiene a Hank", digo, esforzándome por mantener un tono tranquilo y uniforme. "El Estado ofrece todo tipo de ayudas para la puesta en marcha de nuevos negocios, sobre todo-".

Papá levanta la mano en el aire y me interrumpe. "Seguro que eso es lo que has leído en Internet. Es otra historia cuando llega el momento de conseguir la financiación. ¿Has pensado en solicitarla aquí, en Advantage? Podríamos pasarnos por RRHH antes de que te vayas".

¿Trabajar en este ambiente estéril? ¿Compartir coche con mi padre todos los días?

El pánico se apodera de mí y me esfuerzo por no gritar el No que inmediatamente salta a mi lengua. Antes de que pueda encontrar con tacto la forma de rechazar educadamente su oferta, la actitud de mi padre cambia por completo y se pone en pie con una amplia sonrisa falsa en la cara.

"Sr. Benton, señor. ¿Cómo se encuentra hoy?"

Al mirar por encima del hombro, la servilleta sucia cae de mi regazo al suelo mientras mis dedos se clavan en los muslos cubiertos de vaqueros. Siento como si todo el aire hubiera salido de repente de la habitación, dejándome mareada y aturdida.

El hombre que avanza a grandes zancadas es puro macho alfa, desde su pelo oscuro corto y recortado, su rostro apuesto de facciones duras, hasta su poderoso cuerpo cubierto con un traje que sin duda cuesta más que mi coche. También es el hombre más guapo que he visto nunca. Tendría unos hijos preciosos.

No sé por qué me asalta ese pensamiento. Siempre he imaginado a mis hijos como pequeños querubines rubios, como Hank. Pero ahora veo pequeños diablillos de pelo oscuro que se meten en ellos sin parar durante el día, pero que parecen ángeles mientras duermen por la noche.

Se me forma un nudo en la garganta y lo único que puedo hacer es mirar con mudo asombro al jefe de papá.

CAPÍTULO TRES

CONRAD

No me molesto en llamar. Abro la puerta de un tirón y entro de golpe, deteniéndome en seco ante el despacho vacío de Walker.

¿Podría acompañarles a la salida? Sería una visita rápida. La opción más probable sería la cafetería. No pierdo tiempo y me dirijo allí.

Al entrar en la gran cafetería de autoservicio, mis ojos se fijan inmediatamente en la brillante cortina de pelo rubio de la mujer misteriosa. Mis hombros tensos se hunden de alivio, pero se vuelven a contraer al contemplar el resto de la escena. Una pequeña familia feliz, el niño rubio junto a Walker, mirándole mientras frunce el ceño hacia la mujer del otro lado de la mesa.

Mi visión se vuelve roja.

Nunca en mi vida adulta he sentido celos ni he codiciado lo que tiene otro hombre. Cuando quiero algo, lo consigo por mí mismo. Soy un hombre que consigue lo que quiere. Pero parece que esta vez voy a verme frustrado.

El golpe es asombroso, y no acepto bien la derrota.

Walker me pilla desprevenido y se levanta corriendo. Al saludarme, su sonrisa es tan falsa que me rechinan las muelas por el esfuerzo que hago para no gruñir a ese imbécil.

Este hombre posee todo lo que deseo y si pudiera reducirlo a cenizas con mi mente, no sería más que arenilla bajo mis pies.

Lamentablemente, no puedo hacerlo. Mis manos apretadas tiemblan con mi furia apenas contenida. Entonces ella se vuelve y todo en mí se paraliza.

Sus ojos, que por su pelo rubio supuse que serían azules, son de un marrón caramelo increíblemente cálido. Y lo que es más, tan de cerca puedo ver lo húmeda y sonrosada que está su regordeta cara angelical.

Es joven.

Mucho más joven que yo. Y ese viejo lascivo de Walker es mayor que yo.

Soy incapaz de controlar el resplandor que dirijo a Walker. El hombre se acobarda bajo mi mirada acalorada.

Quién sabe cuánto tiempo habría intentado abrirle un agujero al otro hombre si el niño no hubiera empezado a alborotarse, profiriendo un sonoro "¡Papá!".

Walker parpadea, su atención pasa de mí a su joven hijo. Con sólo los ojos de su bella esposa puestos en mí, le ofrezco una sonrisa y continúo hacia la mesa, deteniéndome y apoyando las palmas de las manos en el borde de la mesa.

"¿Familia de visita?" pregunto, incapaz de apartar la mirada de la mujer, que ahora está lo bastante cerca para que pueda alargar la mano y pasar los dedos por su suave mejilla.

"Ummm... Sí. Estaban en el parque y decidieron pasar por aquí. Hank quería un tentempié y...".

Corté a Walker, ya molesta con su voz engatusadora. "Tengo que alimentar a un niño que crece".

Sonriendo, alboroto el sudoroso pelo rubio del chico. "Tienes una familia preciosa. Aunque Hank se parece mucho a su madre". Trasladando mi sonrisa a ella, se me aprietan las tripas cuando un suave brote de color rosa florece en su cara, y pienso en lo encantadora que estaría de

color rosa, sonrojada y sin aliento después de una follada a fondo.

Maldita sea.

Incluso cuando me enfrento a esta pequeña unidad familiar perfecta, sigo queriéndola.

La áspera risa nasal de Walker ahoga casi por completo las suaves carcajadas de la mujer que ocupa mi espacio mental, pero aun así la capto. Se me escapa un poco la sonrisa.

"Alicia es la mayor, señor Benton. Es de mi primer matrimonio, mientras que Hank está con mi segunda mujer".

Cuando sus palabras calan hondo, la esperanza surge en mi pecho, ahuyentando la desolación que retumbaba en mi interior cuando temía que ella estuviera fuera de mi alcance. Su nombre resuena en mí.

"Ahhh... eso explica el parecido", digo, tratando desesperadamente de pensar en cómo puedo quedarme a solas con Alicia. De repente, me asalta un pensamiento horrible. Entrecierro los ojos y miro fijamente a Walker. "No pareces lo bastante mayor para tener una hija adulta".

El otro hombre se hincha. "Todo está en la dieta y el estilo de vida. Aunque yo era bastante joven cuando tuve a Alicia. A veces no puedo creer que mi calabaza tenga veintidós años". Sonríe con cariño a Alicia, que se lo devuelve con una dulce sonrisa propia.

Es legal. Gracias a Dios.

Una diferencia de edad de diecisiete años puede solucionarse. Diablos, puedo darle una vida mucho mejor que cualquiera de su edad. Conmigo no le faltará de nada.

"Y está recién licenciada en dirección de empresas". Las oscuras cejas de Walker se fruncen y arquean mientras alardea.

"¿Ah, sí?" Me dirijo a Alicia, cuya mirada no se ha apartado de mí ni una sola vez desde que llegué a la mesa. Aún no he oído su voz y la necesidad va creciendo en mí.

Lamentablemente, el imbécil de Walker salta de nuevo a la palestra. "Sí, y además con un promedio de 4,0".

Mi sonrisa crece. Hermosa e inteligente. Aunque aún no tuviera la intención de que fuera la madre de mis hijos, esto sin duda ayuda a consolidar esa decisión.

"Le estaba diciendo a Alicia que debería enviar su currículum por si había algún puesto vacante aquí en Advantage".

Mis ojos se dirigen a Walker. ¿Soy un cabrón con suerte o qué? La oportunidad perfecta para hacer mía a Alicia me ha llegado a través del propio padre de la chica.

Inclinándome hacia delante sobre las palmas de las manos, hago todo lo que puedo para no abalanzarme sobre ella, pero me acerco lo suficiente para que el tentador aroma a sol y mujer me llene la nariz. La sangre me sube a la polla y necesito toda mi fuerza de voluntad para no levantarla del asiento y arrastrarla a mi despacho para empezar a criarla. "¿Estarías disponible inmediatamente? Necesito una ayudante personal mientras la mía está de baja. El entrenamiento podría empezar esta semana".

Los labios rosa pálido de Alicia se entreabren, sus preciosos ojos se agrandan. "Yo... eso es...". Su mirada se desvía y su expresión de asombro se transforma en una de horror. "¡Hank!", exclama, arrebatándole un pastelito a medio comer al chiquillo, que grita cuando ella le arranca de las manos los restos blandos del pastelito.

Walker, ignorando el drama familiar, me sonríe como el lameculos que es. "Por supuesto, está disponible", dice, con su brillante calva rebotando como un maldito muñeco.

Años de intensos negocios me han dado la habilidad de educar mis facciones en una máscara impasible que no revela ninguno de mis sentimientos. Miro desapasionadamente al gusano y con un parpadeo lo descarto por completo, cogiendo una servilleta limpia de la mesa.

Ayudo a Alicia a restregar las manos del retorcido Hank y, una vez terminada esa tarea, mi mirada es gentil cuando la contemplo.

"¿Es algo que estás dispuesto a hacer? Podemos negociar el salario, los beneficios...". Dejo que eso quede en el aire, con las tripas apretadas porque todo depende de su aceptación.

Durante un momento interminable, el tiempo se detiene y entonces ella asiente levemente con la cabeza. "Sí".

"Almorcemos mañana para concretar todos los detalles", le digo, ofreciéndole mi mano.

Su mano tiembla en la mía. Cubriéndola con la otra mano, le doy un suave apretón. No quiero que se ponga nerviosa en mi presencia.

¿Temblando de necesidad? Absolutamente.

¿Sin sentido del deseo? Joder, sí.

"¿Mañana?" le pregunto cuando sigue sin darme una respuesta.

Su lengua sale, deslizándose húmedamente por su labio superior, y ella asiente lentamente.

Se me tensan las pelotas cuando me invade la lujuria. Estoy empalmado y listo dentro de los pantalones y no puedo evitar sugerir que vayamos a mi despacho.

Una sonrisa curva mis labios. O el despacho de Walker y cojo a su hija justo en su mesa.

Pronto.

Le doy una última caricia en la mano y vuelvo a mi altura. "Te veré mañana en la oficina. Preséntate hacia el mediodía. Durante la comida concretaremos todos los detalles".

Sin decir una palabra más, vuelvo a zancadas hacia los ascensores.

Sólo cuando estoy en mi aseo privado cedo al impulso de tocarme la polla. Me la saco de los pantalones y me acaricio la polla rígida, mientras un escalofrío recorre mis músculos. Apoyando una palma en la pared, un gemido gutural llena el silencio de la habitación mientras me bombo con movimientos cortos y espasmódicos. Mi respiración sisea entre los dientes apretados mientras mis dedos untan el cálido y transparente semen que gotea de la punta por toda la tensa piel de mi polla hinchada.

Los labios rosados de Alicia se agolpan en mi mente, junto con esa pequeña y dulce lengua. La tentadora ojeada a los montículos llenos de sus pechos cremosos que obtuve mientras estaba encima de ella me llena la cabeza y luego..

¡JODER!

Mi semen golpea la pared a chorros calientes.

Jadeando, miro fijamente la mano que me envuelve y luego la pared desordenada. Con una carcajada, sacudo la cabeza y me limpio.

Mañana no puede llegar lo bastante pronto.

CAPÍTULO CUARTO

ALICIA

Estoy sentada en la puerta del despacho del Sr. Benton, con los muslos bien apretados y las manos cuidadosamente cruzadas sobre el regazo. Espero proyectar el aire de alguien tranquilo y sereno, porque por dentro soy una bola de nervios. Aún no puedo creer lo que ha pasado. Nada de esto parece real.

Especialmente no la parte en la que acepté la oferta de trabajo del Sr. Benton.

¿Fue porque mi padre estaba allí mismo y sabía que le daría un ataque si me negaba?

No. Creo sinceramente que fue porque estaba tan desconcertada por el hombre en sí que habría accedido a casi cualquier cosa. Simplemente había algo en él. Y ahora voy a trabajar para él y que el cielo me ayude, porque ¿cómo voy a arreglármelas para estar a su lado todos los días y no hacer el ridículo?

Cuando llevé a Hank a casa, me sorprendió encontrarme mojada y resbaladiza. Y todo por la forma en que los ojos del Sr. Benton se habían centrado en mí. Su mirada era ardiente y estaba llena de un extraño anhelo que tiraba de algo muy dentro de mí.

Evidentemente, estaba interpretando las cosas mucho más de lo que debía. Un hombre como él no mira así a una chica como yo. Me cambié las bragas con cuidado e intenté ignorar el cosquilleo de calor que me recorría cada vez que pensaba en él y mencionaba su nombre.

Lo cual era casi imposible cuando era de lo único que hablaba papá cuando volvía a casa. Laura incluso me ayudó a rebuscar en el armario, para que estuviera vestida adecuadamente para mi "gran" reunión. Como si fuera a presentarme en vaqueros y camiseta. Sabía cómo vestirme para un trabajo en el mundo empresarial.

Aun así, Laura sólo intentaba ser útil y, como mi madrastra me importaba de verdad, le hice de modelo de varios conjuntos e incluso me puse lo que me recomendó. A pesar de ser mi vestido, sentada aquí esperando, me siento como una niña pequeña jugando a disfrazarse.

Y entonces sale el Sr. Benton. Su rostro delgado se ilumina en una sonrisa cuando sus ojos oscuros conectan con los míos. De repente, ya no me siento como una niña pequeña, pues el calor estalla en mi interior y el deseo me sacude.

Cuando me levanto, me tiende la mano. Al rozar su dura y cálida palma con la mía, un pequeño gemido me sube por la garganta. Me muerdo el labio con fuerza para evitar que se escape, pero él debe oírlo cuando sus dedos se tensan y se acerca. Su enorme cuerpo está en mi espacio personal, demasiado cerca para lo que es apropiado, y no me importa mientras arrastro su delicioso aroma masculino y me balanceo más cerca.

"Alicia", murmura suavemente, con su oscura cabeza inclinada como si estuviera compartiendo un secreto. "Me alegro mucho de que estés aquí. ¿Lista para comer?"

Asiento en silencio.

Con una sonrisa, me suelta la mano y me saluda con la mano hacia la puerta. Mientras caminamos juntos hacia los ascensores, me doy cuenta de lo alto que es. Incluso con tacones, mi cabeza apenas llega a su hombro, y no soy una mujer baja. Debe de medir 1,80 o 1,80, tiene las piernas largas y un torso poderoso, con los hombros tan anchos que no puedo evitar preguntarme si todo se debe al corte de la chaqueta de su traje o si el hombre es realmente tan inmenso.

Pensé que nos dirigiríamos a la cafetería para comer, pero en lugar de eso, el ascensor baja

al aparcamiento.

El Sr. Benton debe de ver mi confusión, porque cuando se abren las puertas, se detiene con la mano extendida para que no se cierren. "Prefiero alejarme del trabajo cuando puedo", me confiesa. "Además, la cafetería está bien en caso de apuro, pero me apetece algo más que un bocadillo".

Eso tiene sentido. E incluso cuando me conduce a un gigantesco todoterreno Mercedes negro, eso también encaja. No podría imaginarme a un hombre como él en un coche pequeño y compacto, ni siquiera en un taxi.

Los dos estamos en silencio de camino al restaurante, sólo con una emisora de rock contemporáneo suave puesta. Es extraño, pero es un silencio cómodo. Gran parte de mi nerviosismo ha desaparecido y me limito a disfrutar del trayecto en compañía de este hombre poderoso.

Al igual que su elección musical, también me ha sorprendido un poco el restaurante. Esperaba un sitio lujoso en el que me sentiría horriblemente mal vestida con mi sencillo vestido lavanda y mis tacones. En lugar de eso, me lleva a un pequeño restaurante italiano de mala muerte del que nunca había oído hablar.

Se había despojado de la chaqueta del traje en el trabajo antes de subir a su todoterreno. Ahora me guía por la entrada, con su gran palma como una marca en mi espalda, y se afloja la corbata con la otra mano.

Al verme, sonrío y en su mejilla izquierda aparece un hoyuelo que casi me hace tropezar.

"Cuidado, la iluminación es bastante tenue", advierte.

La anfitriona nos lleva a una mesita escondida en un rincón semiprivado. Agradezco que sea una mesa y no un reservado. Odio que se me peguen las piernas a los asientos de vinilo de un reservado, y siempre me preocupa tener que apretarme y estar incómoda toda la comida.

Su elección de restaurante me sorprende, pero me sorprende aún más al acercarme la silla, empujarme con facilidad y colocarme la servilleta de lino blanco en el regazo cuando me siento. Su mano se desliza por mi muslo y se me corta la respiración.

Cuando toma asiento frente a mí, estamos tan cerca que nuestras rodillas chocan y, si quisiéramos, podríamos alimentarnos mutuamente de un solo plato.

No es el tipo de lugar al que se lleva a un colega de negocios o a un amigo.

Aparece una camarera, que nos mira mientras sonrío, y nos reparte menús y una carta de vinos. Cuando se va, el Sr. Benton levanta sus cejas oscuras y da golpecitos a la carta de vinos. "¿Tienes alguna preferencia?"

Incapaz de encontrarme con su mirada, miro fijamente el menú. "Prefiero no hacerlo, gracias".

Asiente y lo deja a un lado. Vuelve un momento su atención al menú de una sola cara. "Me encantaría decir que aquí todo está bueno, pero siempre pido el pollo alfredo, así que es lo único que puedo recomendar personalmente".

Suena seguro. "Seguiré tu recomendación, entonces".

Cuando vuelve la camarera, nos hace el pedido y nos trae también un vaso de agua.

Tan silenciosamente como apareció, se marcha, dejándome a solas con mi nuevo jefe.

Lamiéndome los labios, miro fijamente sus grandes manos entrelazadas sobre el mantel crema, observando sus dedos largos y romos con las uñas cortas que parecen limpias y pulidas y los pelos oscuros que asoman por los puños. "Sr. Benton..."

"Conrad", corrige suavemente.

Al levantar la mirada, sus ojos oscuros me clavan en el sitio y su nombre me sale mucho

más ronco de lo que pretendo. "Conrad".

Trago saliva con fuerza, odiando y amando a la vez cómo suena su nombre en mis labios. Esto no puede estar pasando. Es mi nuevo jefe. Peor aún, es el jefe de mi padre. Sin embargo, cuando le miro a los profundos ojos oscuros, es como si sólo estuviéramos nosotros dos. "No necesitas un ayudante, ¿verdad?".

Su sonrisa es infantil y apenada. "No".

"Entonces, ¿por qué..."

Interrumpe: "Porque te necesito".

Se me corta la respiración dolorosamente y quiero lanzarme a sus brazos por encima de la mesa. Todo en mí se hace eco de sus palabras. Yo también le necesito. Es una locura, una locura pura.

"Desde el momento en que te vi, te deseé". Extiende una mano, sus largos y hábiles dedos juegan con los rizos rubios sueltos que caen sobre mi hombro.

"No... no estoy segura... eres mucho mayor", susurro. Porque, ¿cómo podría un hombre como él querer a una mujer como yo? ¡Aún vivo con mi padre! No soy mundana ni sofisticada. No me parezco en nada a lo que imagino que está acostumbrado un hombre como él.

Sus dedos retroceden ante mí y se sienta más erguido. "Lo soy", reconoce con una leve inclinación de cabeza. "Lo que significa que soy lo bastante mayor para saber lo que quiero".

Respiro hondo. "No estoy interesada en un rollo casual", digo, levantando la barbilla con una chulería que no siento del todo.

Sus ojos oscuros brillan. "Bien. Porque yo tampoco. Quiero adorarte. Y pienso mimarte a conciencia, todo mientras lleno tu dulce coñito con tanta leche que estarás embarazada antes de que acabe el mes".

Jadeo. Tanto ante sus palabras lascivas como ante el delicioso imaginario que pintan.

Continúa. "Quiero que tengas un hijo mío. Y cuando estés preparada quiero dejarte embarazada una segunda y una tercera vez. Una y otra vez, quiero que tengas mis bebés. Quiero una familia numerosa y la quiero contigo".

Me desmayo y la cabeza me da vueltas mientras intento asimilar sus palabras. "Pero no nos conocemos", susurro.

"Entonces, conóceme", te insta.

Inclinándose sobre la mesa, sus grandes palmas ahuecan mi cara, y un escalofrío me recorre ante un contacto tan íntimo. Y entonces su cara tapa todo lo demás y sus cálidos labios abarcan los míos.

Su beso es lento y suave. Sus labios se mueven contra los míos en pequeñas presiones burlonas. Su olor me envuelve. Tan fresco y limpio. Y cuando su lengua roza la costura entre mis labios, se me escapa un gemido de necesidad y él avanza hacia mi interior, su lengua invade suavemente mi boca. Me invade una deliciosa oleada de deseo y me mojo.

Y entonces su mano está ahí, metiéndose por debajo de mi vestido, separándome los muslos y cogiéndome entre las piernas, sus dedos acariciando la tela de mi ropa interior.

"Tú también lo sientes, ¿verdad?". Susurra contra mis labios húmedos. "¿Qué hay entre nosotros?"

Abro los ojos y asiento en silencio, mientras él sigue acariciándome por debajo de la mesa. Separo más las piernas, deseando que Conrad aparte las endebles bragas y me toque el coño desnudo.

"Dices que no nos conocemos, pero nuestros cuerpos sí. Algo en nosotros reconoce al otro".

Sí. Lo que dice es absolutamente cierto. Nunca me había sentido tan deseosa y necesitada

con otra persona. Nunca tan afinada.

"Vámonos de aquí". Su mano me abandona, y quiero gritar por su pérdida.

Pero entonces se levanta y tira de mí también. Su gran cuerpo vibra de deseo mientras sus ojos oscuros brillan al mirarme fijamente.

"¿E ir adónde?" pregunto, con todos mis sentidos aturridos, pues lo único que sé con certeza es que necesito tocarle, sentirle. Envolverme en sus brazos y volver a tener sus labios y sus manos sobre mí.

"En mi casa", dice, arrojando un puñado de billetes sobre la mesa. No puedo evitar darme cuenta, mientras me coge de la mano y me lleva por el restaurante, de que nunca nos ha dado de beber ni de comer.

"Pero el trabajo... mi padre..."

"Yo me encargaré de todo", dice, con un deje áspero en la voz.

Y no tengo ninguna duda de que lo hará. Es el tipo de hombre que hace las cosas.

Me acompaña hasta su gran Mercedes y me ve bien metida dentro. Incluso llega a pasarme el cinturón de seguridad por encima y lo abrocha. Su mano tiembla al tocarme la cara, sus dedos acarician ligeramente la suave piel de mi mejilla. Su mirada es tierna, como si yo fuera algo precioso y raro.

Mientras conduce, su mano está en mi pierna, justo bajo el dobladillo de mi vestido, cálida y posesiva. Prácticamente me retuerzo en el asiento, el calor me invade por dentro mientras los pezones me aprietan el sujetador.

Las dudas me bombardean. Estoy en un coche con un hombre mucho mayor al que no conozco y vamos a su casa para que me folle. Toda esta situación grita corre. Corre fuerte y corre rápido.

Pero estoy tranquila. Cuando me dijo que quería dejarme embarazada algo explotó dentro de mí. Cada fibra de mi ser gritó sí. Quiero que Conrad me tome, que me posea de una forma que ningún otro hombre puede. Cada centímetro de él grita poder y que un hombre tan poderoso pueda ser tan débil por mí es estimulante.

Usando los mandos del volante, las llamadas de Conrad funcionan, y la voz de mi padre llena el vehículo.

"Walker, ha surgido una reunión inesperada. Voy a revisar unos contratos con mis abogados. Voy a traer a Alicia conmigo".

Mi padre no parece sospechoso en absoluto mientras acepta. Miro a Conrad con asombro por la forma tan firme y asertiva con la que ha tratado a mi padre.

Entra en el aparcamiento de un elegante edificio de apartamentos de gran altura. En el ascensor, me estrecha en sus brazos y me besa. Sus labios me mordisquean y chupan, mientras su lengua explora audazmente mi boca, mi lengua y mis dientes. Soy una alumna ansiosa mientras nos besamos. Sólo me habían besado hombres de mi edad y su pericia era obviamente escasa.

Estoy tan mojada que noto cómo mis jugos empapan el fuelle de algodón de mis bragas. Podría explotar sólo con sus besos; mi cuerpo arde por el suyo.

Cuando el ding indica que el ascensor se ha detenido, seguimos besándonos. Me consume su sabor y su olor.

Lamentablemente, sus brazos me sueltan y sólo su mano en mi brazo impide que tropiece al salir del ascensor.

Al abrir la puerta de su casa, me hace pasar y sólo echo un breve vistazo a la gran sala de estar antes de que me aprisione contra la pared. Sus fuertes brazos me aprisionan y lo miro fijamente, adorando lo hinchados y carnosos que tiene los labios por nuestros besos. Eso es mío,

lo estoy marcando como mío. Me recorre un estremecimiento.

"Tengo tantas ganas de follarte que casi me arranco los pantalones", dice con voz ronca, su nariz rozando mi mejilla y su aliento cálido contra mi piel.

Cuando coge mi mano y la presiona contra su ingle, mis dedos se enroscan alrededor de la gruesa erección que tensa el fino material de sus pantalones de vestir. Siento que me arde la cara incluso cuando lo aprieto suavemente.

Un gemido áspero brota de él y jadea contra mi cuello. "¿Sientes el poder que tienes sobre mí, cariño?"

El corazón me late desbocado en el pecho. Nada en mi vida me ha preparado para este momento. Nada se acerca ni remotamente a que este hombre me diga todas estas cosas imposibles. Ayer sólo conocía al jefe de mi padre como un vago hombre sombrío, alguien a quien mi padre envidiaba intensamente, ansiando el dinero y el poder que poseía el Sr. Benton. Y ahora la polla de ese hombre está en mi mano.

"Sólo tú, nadie más", susurra, presionando con besos mi mandíbula.

"Nunca has..." No puedo terminar la frase ni el pensamiento. No puede ser verdad.

Se ríe. "No, me he acostado con otras mujeres. Pero nunca las he deseado como te deseo a ti". Sus manos acarician mis mejillas, su mirada oscura y seria. "Tampoco he querido darles a mi hijo".

Tragando con dificultad, su nuez de Adán se mece en la suave columna de su cuello. "¿Tomas anticonceptivos?"

No es una pregunta inesperada, teniendo en cuenta sus repetidas declaraciones de que va a dejarme embarazada.

"Sí".

Hace una mueca. "Maldita sea. ¿De qué tipo?"

"La píldora".

Hace un gesto brusco con la cabeza. "Deja de cogerlo".

"Vale..."

Su mirada me recorre, dejando calor dondequiera que tocan sus ojos. "Buena chica", me elogia.

"No soy virgen".

"Yo tampoco", dice, con una sonrisa llena de dientes. En este momento me recuerda mucho a un depredador y al hecho de que estoy muy por encima de mis posibilidades con él.

Entonces su boca desciende reclamando la mía en un beso hambriento y lleno de necesidad, y yo me rindo.

CAPÍTULO CINCO

CONRAD

Alicia es la perfección absoluta. Y que yo pueda adorarla me hace más humilde que las palabras. Cada momento de mi vida me ha formado para esto y me ha construido para ser el hombre que ella se merece. Un hombre que pueda darle el mundo y, me atrevo a esperar, un hombre al que ella llegue a amar.

Sus labios se pegan a mi boca mientras su lengua lame y acaricia la mía. La atracción canta entre nosotros, la atracción es fuerte e incitante, y nos exige que bailemos a su son.

Lo cual hago con mucho gusto. La cojo en brazos y, por encima de sus protestas de que pesa demasiado, la llevo a mi dormitorio y la coloco con cuidado sobre el mullido edredón azul. Soy un gran fan de la suavidad y no veo la hora de poner mis manos sobre las deliciosas curvas de Alicia.

Me quedo allí de pie, contemplando la exquisita imagen que forma. Sus labios carnosos, rosados y húmedos por mis besos, sus mejillas sonrojadas y su gran pecho tensando la parte delantera del vestido con cada rápida inhalación de su aliento. Ella debe estar aquí, en mi habitación y en mi cama. No me cabe la menor duda.

Pero el piso está mal. Es para un soltero o, como mucho, una pareja, no para una familia en crecimiento. Iremos a comprar casa justo después de ir a comprar el anillo.

Me recorre una oleada de satisfacción y no tardo en despojarme de la camisa blanca. Los ojos de Alicia recorren mi pecho expuesto, con un calor latente en su mirada.

"Oh, cariño", gimo, dando zancadas hacia ella y cayendo de rodillas frente a ella. Acaricio su cara redonda y unos mechones de su precioso pelo rubio se enroscan en mis dedos, como si también quisieran abrazarme. Una tierna sonrisa se dibuja en mi boca cuando la satisfacción brota de lo más profundo de mi ser y la beso.

Besarla es puro placer. Cada jadeo, suspiro y gemido los bebo con avidez mientras sorbo de sus labios dulces como la miel.

Mis manos se mueven lentamente de su cara a su cuello. Mis dedos recorren y memorizan la elegancia de su cuello, la fuerza oculta de sus hombros y el delicioso valle profundo de su escote.

Incapaz de resistirme un momento más, levanto el peso de sus pechos entre mis palmas. Mi polla se agita con fuerza en mis pantalones, el pre-cum se me pega húmedamente mientras un estremecimiento de placer me sacude.

Apartando mi boca de la suya, aprieto mi cara contra sus pechos celestiales, respirando profundamente su ligero aroma floral.

Me duele. Una necesidad feroz me exige arrancarle la ropa del cuerpo y enterrarme profundamente en su coño, reclamándola como mía. Pero sé que no estaré satisfecho hasta que mi anillo esté en su dedo y mi hijo crezca en su vientre, como prueba para todos de que me eligió por encima de todos los demás.

"Quiero amarte bien", jadeo, mirando el rostro de mi ángel. Mis ojos le suplican que sepa que haré cualquier cosa por ella.

"Lo eres", dice, y sus dedos recorren mi cara en la más leve de las caricias.

Estremeciéndome, atrapo sus dedos y giro la cabeza, apretando un beso en cada dígito. Le

suelto la mano, cojo su pie y le quito el tacón. Mis dedos trabajan en su arco, eliminando cualquier tensión o estrés.

Al principio, intenta echar el pie hacia atrás, pero yo la sujeto con fuerza. Poco a poco se relaja, con ojos curiosos al verme quitarle el otro tacón y someterlo a las mismas suaves atenciones. Me inclino, le beso el tobillo y subo por su pierna hasta el muslo.

Jadea mientras subo la falda de su vestido y mis labios besan la carnosa redondez del interior de sus muslos. Sus bragas están empapadas y su penetrante aroma me atrae como el néctar a las abejas.

Y soy incapaz de resistirme por más tiempo.

Con un gemido bajo, entierro la cara entre sus muslos, arrastrando la lengua por la tela de sus bonitas bragas rosas. Su sabor es como el paraíso en mi lengua y estoy desesperado por conseguir más.

Le bajo las bragas de un tirón. Alicia da un breve grito de sorpresa que se convierte en un jadeo de placer cuando meto la lengua entre sus pliegues chorreantes, lamiendo toda la crema que me espera allí.

Me agarra el pelo con los dedos y abre las piernas, ofreciéndome más de su sabroso coño.

Explorando sus sedosos labios internos, encuentro su clítoris hinchado asomando orgulloso de su capucha, implorando mi atención.

Con impaciencia, aprieto los labios alrededor de ese tentador nódulo rosado, mi lengua se arremolina y descubre lo que la complace.

Cuando chupo con más fuerza, Alicia se agita en mi boca. Miro hacia arriba y veo que tiene los ojos cerrados y la cara contorsionada en una expresión de dolorosa felicidad.

Necesita liberación. Y yo soy el hombre que se la puede dar.

Rodeando su entrada con la punta de mi dedo, sus jugos se derraman y cubren mi dedo. Con sumo cuidado, presiono dentro de ella, sintiendo cómo sus calientes paredes internas se aferran y se agitan a mi alrededor.

Gimo y golpeo con más fuerza su clítoris, mientras hundo el dedo todo lo que puedo en sus sedosas profundidades. Sus dedos se clavan con más fuerza en mi pelo, tirando de las cortas hebras marrones lo suficiente para hacerme sisear de placer/dolor.

Deslizar un segundo dedo en su interior la lleva al límite. Se corre con un grito corto y estridente. Se libera a borbotones y yo quiero hasta la última gota.

Retiro con cuidado los dedos y los sustituyo por la lengua. Su coño espasmódico se aprieta contra ella. Se estremece y jadea mientras cabalga sobre las olas de su orgasmo. Y yo la acompaño en el viaje, sorbiendo cada gemido, cada jadeo y cada sabrosa gota de su liberación.

Alicia se desploma contra mí, sus dedos alisan mi pelo enmarañado, su tacto calma el ligero dolor que le produjo su feroz agarre durante su clímax explosivo.

"Conrad". Mi nombre sale como un suspiro.

Oír mi nombre de sus labios es un bálsamo para la parte de mi alma que no sabía que estaba herida. La herida era autoinfligida. Mi propia arrogancia y determinación de llegar a lo más alto, apartando a los que me querían o querían querermme.

Seré un hombre mejor. Necesito serlo. Por Alicia y por nuestra, esperemos que pronto, familia.

Con cuidado, me separo de ella y me dedica una sonrisa tímida. Puede que no sea virgen, pero es obvio que no está acostumbrada a este tipo de atención o devoción. Los hombres que me precedieron eran idiotas.

Gracias a Dios, de lo contrario me habrían arrebatado esta preciosa joya y la habría perdido

para siempre.

"Tienes una sonrisa preciosa", dice, acercándose para trazar el rizo de mis labios.

"¿Cómo podría hacer otra cosa que sonreír cuando estás aquí conmigo?".

Sus ojos brillan al inundarse repentinamente de lágrimas.

Me pongo en pie en un instante, me siento en la cama y le aparto el pelo húmedo de la cara mientras paso los pulgares por las cálidas lágrimas saladas que cubren sus mejillas. "Cariño, ¿qué pasa? ¿Qué he hecho mal?"

"Nada", jadea, le tiemblan los labios mientras me sonrío entre lágrimas. "No puedo creer que todo esto sea real. Tengo miedo de despertarme y descubrir que no ha sido más que un bonito sueño".

"Oh, es absolutamente real".

Inclinando su cabeza hacia atrás, reclamo sus labios una vez más, ansioso por reclamar su dulce cuerpo en todos los sentidos y demostrarle lo real que es esto.

CAPÍTULO SEIS

ALICIA

Me siento como un bebé sentado aquí llorando. Por suerte, a Conrad no parece importarle. No ha sido más que amable y dulce conmigo. No concuerda con el hombre cruel y sediento de poder que mi padre pintó que era. Sin embargo, papá ha trabajado con él durante años. Es lógico que le conozca mejor que yo, que sólo conozco a Conrad desde hace unas horas.

Sin embargo, siento que es el verdadero hombre el que se sienta a mi lado y me seca las lágrimas con ternura y me dice las cosas más bellas. Y cuando me besa, mi cuerpo vuelve a la vida.

Porque creo que no vivía plenamente antes de estos momentos en sus brazos. Tengo una buena vida, pero no es una vida plena. Un vacío persistía en mi interior a pesar de mis sonrisas.

Y era porque aún no estaba en mi vida.

Pero ahora sí. De algún modo, en este mundo grande y loco, nos hemos encontrado. Y no pienso dejarle marchar nunca.

Envoltiéndole con mis brazos, me entrego voluntariamente a sus apasionados besos, dejando que me enseñe y me guíe por los caminos del amor.

Me saboreo en sus labios y eso aviva aún más mi deseo. Me ha complacido tanto que me siento egoísta por no haberle proporcionado las mismas descargas.

"Déjame hacerte una mamada", jadeo, apartándome de sus labios y cogiendo su cinturón.

Me coge la muñeca, con sus ojos oscuros brillantes y luminosos. "En otro momento. Ahora mismo, necesito estar dentro de ti".

Mi núcleo se aprieta con avidez ante sus palabras. Yo también lo deseo. Muchísimo.

Tiro de mi mano para soltarla, me pongo en pie y lucho brevemente con algunos pensamientos de inseguridad provocados por algunas de mis otras experiencias pasadas con hombres, pero está claro que mis gruesos muslos, mis grandes pechos y mis rollitos de barriga no le molestan. Ni mucho menos por la forma en que me mira, como si fuera su reina. Así que me quito el vestido y me pongo detrás para desabrocharme los cinco corchetes del sujetador.

Conrad se levanta hasta su imponente estatura y se quita rápidamente el resto de la ropa. Y luego se queda de pie ante mí, completamente desnudo, con su erección sobresaliendo entre sus poderosos muslos.

Mirando fijamente esa parte de él que pronto va a estar en mi coño, un rugido de calor recorre mis apretados pezones hormigueantes hasta mi clítoris que aún palpita por mi orgasmo anterior.

Me subo a la cama y bajo las sábanas de una patada, luego me tumbo entre sus sábanas blancas y la almohada mullida que huele deliciosamente a él. Abro las piernas y extendiendo los brazos hacia él.

"Soy tuya", susurro, recurriendo a un pozo de confianza en mí misma que no sabía que poseía.

Un gemido desgarrado sale de sus labios y entonces está sobre la cama y entre mis piernas, sus labios duros y cálidos capturan los míos mientras guía su polla hasta mi entrada.

Estoy vergonzosamente mojada. Una mezcla de mis propios jugos y su saliva, e incluso con eso siento el leve ardor de su polla abrazándome.

Es más presión que dolor mientras me llena lentamente. Cuando su oscuro vello púbico roza mi suave monte, me invade la satisfacción. Le he tomado. Cada centímetro que me ofrecía, mi coño era capaz de acomodarlo.

Y entonces empieza a moverse, con sus empujones firmes y lentos, y yo jadeo mientras me inundan sensaciones totalmente nuevas. La cabeza de su polla me golpea en lo más profundo, deslizándose por un punto que literalmente me hace ver las estrellas, y yo me inclino y muevo las caderas, persiguiendo esa increíble sensación.

"Alicia", murmura su voz profunda mientras su respiración acelerada resopla caliente contra mi cuello.

Una mano me cubre el pecho, punzando y pellizcando el pezón, y vuelvo a sentir ese vínculo directo con mi clítoris y me vuelvo loca bajo él. Mis uñas arañan y escarban sus hombros y su espalda, mis caderas se sacuden salvajemente para frotar mi clítoris contra su polla palpitante y su musculoso vientre.

Mi cuerpo se tensa cada vez más, mis paredes internas se agitan en torno a su suave y pesada longitud. Entonces sus movimientos cambian, se hacen más cortos y rápidos, y entonces estoy allí.

Grito mi liberación al techo, abro los ojos y me aferro al hombre que me ha proporcionado un placer tan intenso. Recuperando el aliento, le veo moverse sobre mí y sé que pronto su semilla llenará e inundará mi vientre. Tomo anticonceptivos, pero no puedo evitar desear que fallen y que, de algún modo, concibamos la primera vez que hagamos el amor.

Apretando mis músculos internos en torno a él, dejo caer las manos hacia sus caderas, intentando retenerlo contra mí. "Lléname", le suplico. "Lléname con tu semen, Conrad".

"¡Sí!", grita, su voz es un profundo estruendo que me produce calor. "Oh, Alicia, voy a llenar ese coñito tan lleno, tan lleno".

Sus embestidas son irregulares y espasmódicas, pero luego me penetra profundamente y me invade un torrente de calor. Su enorme cuerpo tiembla mientras empuja unas cuantas veces más.

Se retira de mi coño, se desploma a mi lado y se pone de costado, me rodea con un brazo y me atrae hacia su abrazo caliente y sudoroso. No es lo más cómodo, pero aprecio el afecto que hay detrás del gesto y su deseo de tenerme cerca después de lo que acabamos de vivir.

Me siento conectada a él y no sólo porque su cuerpo se haya unido al mío. Se siente como algo más. Así que, sudorosa o no, me acurruco contra él y cierro los ojos, disfrutando de este dichoso momento.

Debemos de habernos quedado dormidos, de lo que me doy cuenta después de despertarme con los suaves ronquidos de Conrad contra mi pelo.

Por un momento estudio su rostro mientras duerme. Sus pestañas son largas y espesas, como sólo los hombres tienen por naturaleza. Sonríe mientras extiende la mano y trazo suavemente sus pobladas y oscuras cejas. Incluso cuando duerme, parecen duras, como un tajo sobre su rostro. Bajo la mirada y me chupo el labio inferior entre los dientes mientras observo sus labios carnosos. Labios que parecen tan duros, pero que se suavizan maravillosamente contra los míos.

Un rubor arde acaloradamente en mis mejillas al pensar en qué otro lugar esos labios se sentían increíbles. El dolor entre mis muslos me recuerda qué más había entre mis piernas. Me siento como si Conrad hubiera perforado su propio lugar personal en lo más profundo de mí, reclamando mi coño como suyo.

Otra sensación tira de mí y me doy cuenta de que realmente necesito hacer pis. Me contorsiono e intento zafarme de sus pesados brazos, pero sus manos me aprietan y sus labios se

fruncen en un adorable mohín.

"¿Adónde vas?", murmura con una voz aún más grave por el sueño.

"Tengo que irme".

Su boca frunce el ceño. "No, necesito que te quedes conmigo".

Risueña, empujo mis manos contra su ancho pecho. "No, tonto, a menos que quieras que me mee en la cama, tienes que dejarme levantarme".

Conrad abre los ojos y su ceño se transforma en una sonrisa torcida. "Vuelve pronto", susurra, y sus manos bajan para darme un rápido apretón en el culo antes de soltarme del todo.

Salgo corriendo de la cama, busco el cuarto de baño e intento no quedarme boquiabierta mientras echo un vistazo a mi alrededor mientras hago mis necesidades. El cuarto de baño es enorme, con una ducha enorme con un banco y duchas de lluvia. Una ducha suena celestial, ya que tengo los muslos pegajosos por el sexo. ¡Incluso tiene un bidé! Estoy tentada de probarlo al menos, pero me da miedo rociar agua por todas partes, así que decido dejarlo para otra visita.

Me conformo con hacer una limpieza rápida utilizando el lavabo, mis manos y una de sus toallas de felpa para manos de color crema que dejo a un lado para que no se utilice inadvertidamente en su cara.

Al volver al dormitorio, Conrad está apoyado en el enorme cabecero de madera, con las sábanas sueltas alrededor de las caderas, dejando el pecho al descubierto para que babee por él. Con su cabellera y sus ojos soñolientos, es tan guapo que vuelvo a darme cuenta de que esto no puede estar pasando de verdad.

Cosas así no le pasan a la chica gordita a la que ni siquiera invitaron al baile de graduación. Les ocurren a las mujeres seguras de sí mismas, guapas y con casa propia, que no siguen viviendo con sus padres a los veintidós años.

Me detengo a medio camino entre el baño y la cama y las pesadas cejas de Conrad bajan.

"¿Alicia?" Extiende una mano, indicándome que me acerque.

Y quiero hacerlo. De verdad que quiero. Pero ya es bastante tarde y tengo que volver a casa.

Sacudiendo la cabeza, empiezo a buscar mi ropa. Me estoy enganchando el sujetador cuando el ruido de unos pies descalzos golpeando el suelo me indica que Conrad ha salido de la cama. En efecto, sus manos cubren las mías y me atrae contra su cuerpo desnudo y muy caliente, con su polla encajada en la hendidura de mi culo como si le perteneciera.

"¿Por qué te vistes?" Murmura mientras sus labios rozan la sensible piel de mi cuello. Sus manos rozan las mías y me acaricia los pechos, con su polla agitándose contra mí. "Vuelve a la cama, cariño".

Cierro los ojos, inhalo profundamente y fuerzo las palabras. "No puedo. Es demasiado pronto".

Sus afilados dientes me pellizcan el lóbulo de la oreja, provocándome un escalofrío de deseo. "Me da igual. Podrías hacer una maleta para pasar la noche y por la mañana podemos tener aquí el resto de tus cosas en unas horas".

Girándome en su abrazo, pongo las manos en sus grandes y definidos pectorales. "Estás loco", digo, incapaz de creer lo que está diciendo. Seguro que no habla en serio.

Pero una mirada a su rostro confirma que habla muy en serio.

Mis labios se separan con asombro y él aprovecha para acercar su boca a la mía e invadirla suavemente con su lengua. De algún modo, los besos nos llevan de nuevo a la cama y su gran polla me penetra profundamente mientras maúllo de placer mientras me penetra.

Cuando se detiene junto a mi coche y se acerca para besarme, le dejo porque el aparcamiento está desierto. Conrad quería dejarme en mi casa, pero le convencí de que eso parecería demasiado sospechoso, y que sería mejor que condujera yo misma hasta mi casa en mi coche.

En el trayecto al trabajo también me dio algunos detalles para satisfacer a mi padre en caso de que preguntara algo sobre nuestro supuesto tiempo en casa del abogado y los supuestos documentos que estaba revisando con ellos.

Odio todas estas mentiras, pero parece lo más inteligente por el momento. Conrad me quiere con él ahora, no bromeaba con lo de que me mudara. Pero todo es muy rápido y me preocupa lo que pensarán los demás, sobre todo mi padre y mi madrastra. Y hay que tener en cuenta a Hank. El hecho de que yo haya conseguido un trabajo ha sido tan repentino que Laura ha tenido que cambiar sus horarios mientras intentaba que Hank subiera en la lista de la guardería. Cuenta con que al menos yo pueda cuidarlo un poco cuando ella y papá estén ocupados.

En casa, las cosas van sobre ruedas. Papá acepta fácilmente los pocos detalles que comparto. Parece mucho más emocionado de que haya ido a ver a los abogados con Conrad que de la razón por la que supuestamente estábamos allí. Cada vez que menciona al Sr. Benton, durante un momento de confusión me pregunto de quién está hablando y entonces me doy cuenta de que no puedo pensar en mi amante de esa manera. Ahora es simplemente Conrad para mí y tengo que tener cuidado. No puedo resbalar y llamarle así delante de mi padre o de cualquier otra persona del trabajo, me doy cuenta con pesar.

Más tarde, tras una larga ducha que alivia algunos de los dolores de los músculos sobrecargados, miro mi cuerpo en el espejo.

De algún modo, en medio del salvaje acto amoroso, Conrad supo no dejarme marcas. Su consideración hace que mi pecho se expanda tanto que me duele físicamente. ¿Cómo he tenido tanta suerte de que un hombre como él me desee?

Con el paquete de píldoras anticonceptivas en la mano, saco una por costumbre. Miro fijamente la inocente pastillita que he tomado religiosamente cada noche desde que cumplí dieciséis años.

Recuerdo cómo me hizo sentir y las palabras que me dijo. Presiono con una mano mi mejilla sonrojada. Era tan seguro, tan audaz y descarado, un hombre completamente dueño de sí mismo hasta que hice que se deshiciera.

Esto es lo que he estado deseando... Por primera vez tomo las riendas de mi vida.

Abro la mano, dejo caer la pastilla por el fregadero y abro el grifo. El agua que corre arrastra la pequeña pastilla blanca por el desagüe y la pierde de vista.

Mis manos se mueven hacia mi suave bajo vientre, y presiono suavemente en el lugar donde descansa mi vientre.

Un bebé con Conrad.

Una lenta sonrisa se extiende por mi rostro.

Media docena según lo que ha dicho.

Todavía sonriendo, apago la luz del cuarto de baño y me voy a la cama.

CAPÍTULO SIETE

ALICIA

Prácticamente llegué flotando al trabajo a la mañana siguiente. Papá intentó decir que compartir el coche tenía más sentido, y tendría razón si yo planeara trabajar y luego volver a casa. Como no tengo ni idea de los planes de Conrad para ese día, y no quiero que mi padre haga preguntas o sospeche por qué no voy a casa con él, le dije que quería hacer unas compras después del trabajo. Lo aceptó con bastante facilidad, pero sé que no puedo inventar excusas para todos los días eternamente.

Con confianza, entro a grandes zancadas en el despacho de Conrad, pero vacilo cuando otra mujer levanta la cabeza del escritorio y me mira. Es una pelirroja despampanante. Cuando se levanta con elegancia de detrás del escritorio y la miro detenidamente, no puedo evitar preguntarme si es una modelo. Conociendo mi suerte, una de trajes de baño o lencería.

El miedo me revuelve el estómago y me siento mal.

La sensación se intensifica a medida que avanza la mañana y, cuando Conrad sale de su despacho, apenas me mira. No puedo evitar preguntarme si se estará arrepintiendo. Se muestra fríamente profesional mientras habla con Jessica.

Jessica, la preciosa pelirroja, empeora mucho las cosas. Si fuera mala, podría odiarla. Pero en realidad es muy amable, me prepara en el mostrador y me explica pacientemente el sistema informático y mis tareas. Mañana se va de vacaciones y yo la sustituiré.

Conrad y yo nunca hablamos realmente de lo que yo haría, y supuse erróneamente que sería un puesto permanente. Por otra parte, quizá todo fuera una treta para que almorzara con él y me sedujera.

No es que me costara mucho. Me bajé las bragas por él tras unas palabras acaloradas.

El dolor rasguea en mi pecho y lucho contra las lágrimas.

Cerca de las once, me llama a su despacho y, cuando atravieso la puerta, me pide que la cierre. Al girarme para cerrar la puerta, sus brazos me rodean por detrás mientras sus labios me mordisquean el cuello.

"Por fin. Ha sido una tortura no tocarte en toda la mañana", susurra, mientras sus labios se mueven hacia arriba y sus manos van a mi pecho.

Hago fuerza contra él y me separo. El dolor y la confusión se arremolinan en mí y me cuesta bajar la voz mientras siseo: "No puedo con esto. Ayer estabas tan caliente y hoy tan fría".

"Cariño, lo siento", dice, acercándose a mí una vez más. Dejo que sus manos me agarren los brazos, pero me niego a acercarme más.

"Creía que aún no querías que nadie lo supiera. Si por mí fuera, lo gritaría a los cuatro vientos". Sus labios se perfilan en una sonrisa diabólica. "Te llevaré con gusto a todas las mesas de esta oficina".

Casi se me salen los ojos de las órbitas ante sus palabras. "No, tienes razón. Es demasiado pronto".

Conrad se ríe y me estrecha contra él. "Pronto lo sabrán". Su mano desciende y me acaricia el bajo vientre y, de repente, el deseo me abrasa. "¿Has tirado las pastillas?", me pregunta en voz baja y ronca.

Tragando con dificultad, asiento con la cabeza y balbuceo: "Sí".

"Bien".

Su mano desciende y me sube la falda. Sus largos dedos se introducen en mis bragas.

"¿Qué estás...? Me interrumpo cuando sus dedos se clavan en mí y, en su lugar, suelto un pequeño chillido de sorpresa mientras balanceo las caderas contra su palma.

"Te necesito". Me pellizca el cuello con los dientes mientras sigue introduciéndome los dedos. El húmedo chirrido de mi coño suena fuerte en el silencio de su despacho.

Sus dedos me abandonan y me guía hasta su escritorio. Con una mano en la espalda, me empuja y me aparta las bragas. Con las manos debajo de mí, me levanto del escritorio, con la intención de preguntarle qué está pasando, cuando siento la firme punta de su polla rozando mis resbaladizos pliegues y entonces, con un fuerte empujón de sus caderas, me penetra. El impacto de su repentina invasión me deja jadeando.

"Awww... cielo. Tu cuerpo aceptando el mío. Apretándome". Suelta un gruñido bajo, se retira parcialmente y vuelve a penetrarme.

"Es un coñito goloso. Trágame hasta el fondo y agárrate fuerte". Me golpea, el golpe de él contra mi culo, rápido y fuerte.

Con un gemido, empujo hacia atrás, desesperada por la fricción.

"¿Quieres más?", me pregunta, mientras sus duros dedos se clavan en la carne de mis caderas.

"¡Sí! ¡Por favor!" Suplico, meciéndome hacia atrás, desesperada por que empiece a moverse de nuevo y alivie la dolorosa necesidad de mi interior.

"Te daré cada centímetro, cada gota de mi semen". Sus embestidas son largas y rápidas, los jugos que manan de mi coño ansioso facilitan su camino.

"Te daré todo lo que soy. Voy a ser tan profundo que nunca querrás a nadie más. Tu cuerpo no querrá a nadie más", gruñe, acelerando el ritmo. Su cuerpo me mantiene sujeta al escritorio mientras me penetra una y otra vez. Una de sus manos me rodea la cadera para jugar con mi clitoris, pellizcándolo y girando a su alrededor en rápidos círculos.

Con un grito, me corro con fuerza y siento la patada de su polla dentro de mí mientras su semen caliente baña mis paredes internas. Conrad me echa la cabeza hacia atrás y me reclama la boca con un beso fuerte, mientras se mece dentro de mí y sigue acariciándome suavemente el clitoris.

Llaman a la puerta y rompo el beso, con los ojos desorbitados hacia la puerta, segura de que en cualquier momento alguien entrará y me encontrará doblada sobre el amplio escritorio con el jefe metiéndome hasta las pelotas.

"Más tarde", gruñe, sus dedos siguen frotándome sin perder el ritmo.

La voz de Jessica entra claramente por la puerta. "¡Sí, Sr. Benton!"

Respiro aliviada cuando se va y me esfuerzo por levantarme del escritorio.

Conrad utiliza su cuerpo para retenerme. "¿Adónde crees que vas?", susurra con esa voz ronca suya que me vuelve loca. Me acaricia el clitoris y, mientras su polla reblandecida se desliza fuera de mí, me mete dos dedos en el coño.

Me folla con los dedos hasta el final, mientras susurra obscenidades sobre lo mucho que le gusta que me corra en su polla y en sus dedos, y sobre lo impaciente que está por que le cabalgue la cara esta noche.

Sólo cuando me desplomo débilmente sobre el escritorio, se apiada de mí y me lleva a su aseo privado. Su fuerza me asombra, nunca antes un hombre me había levantado con tanta facilidad. Ni que me cuidara con tanta dulzura. Me levanto mientras él se arrodilla entre mis piernas y me limpia de nuestros jugos combinados.

Presiona la nariz contra mi montículo y pasa la lengua por mis hinchados labios internos antes de depositar un sonoro beso zumbón en mi clitoris. "Joder, me encanta tu coño".

Al levantar la vista, me sonrío, y no puedo evitar devolverle la sonrisa. Es demasiado encantador para su propio bien.

Se levanta, se limpia y volvemos a su despacho cogidos de la mano. Me hace sentarme en su silla mientras él apoya el culo en su escritorio. "¿Has hecho la maleta?"

Parpadeo ante lo repentino de su pregunta. "No".

Sus oscuras cejas se hunden sobre sus ojos mientras cruza los brazos sobre el pecho y me mira fijamente. "¿Por qué no?"

Me cuesta, pero le aparto la mirada y miro los dedos que juegan en mi regazo. "Es demasiado pronto. No puedo mudarme contigo".

"No estoy de acuerdo. No es demasiado pronto en absoluto". Apartándose del escritorio, me quita las manos del regazo y me pone en pie. "Vamos a comprar anillos".

"¡Conrad! Es demasiado rápido!" jadeo, intentando zafarme de sus manos. "Se supone que las cosas no deben ocurrir así".

"¿Quién lo dice?"

"¡Lo dice todo el mundo!"

Sus labios se contraen en una línea apretada y firme. "Pues se equivocan. Sé lo que siento".

Baja la mirada hacia nuestras manos entrelazadas y se las lleva a la boca, presionando con un beso el suave dorso de cada una de mis manos. Sus ojos son solemnes y oscuros cuando se clavan en los míos. "Cuando te vi, fue como si me cayera un rayo encima. De repente, mi vida cobró sentido". Traga saliva, parece vulnerable. "Esto es todo lo que siempre he querido. Alicia, tú eres todo lo que quiero".

Baja la cabeza, su intención de besarme es clara.

Giro la cabeza y esta vez consigo apartar mis manos de las suyas. "Necesito algo de tiempo".

Los dedos de Conrad son suaves cuando vuelven a empujar mi cara hacia delante. "Te daré todo lo que necesites. Y si es tiempo, de acuerdo. Pero no tiempo separados. Cenaremos después del trabajo".

Quiero discutir, pero ¿qué hay que discutir? Yo también quiero cenar con él. Y en secreto, me encanta que quiera comprometerse. Realmente quiere algo más que una fábrica de bebés. Quiere de verdad una familia.

CAPÍTULO OCHO

ALICIA

Insiste en que comamos juntos; Conrad me saca de la oficina, pasa por delante de Jessica y baja a su gran todoterreno en el aparcamiento. Esta vez comemos en el pequeño restaurante italiano, y tiene razón: el pollo Alfredo está delicioso.

Entre bocado y bocado, Conrad me hace preguntas, muchas de las cuales me pillan por sorpresa.

"Si pudieras vivir en cualquier parte del mundo, ¿dónde sería?"

Masticar me da tiempo a pensar en una respuesta, pero mi mente se queda en blanco. Nunca he pensado en vivir en otro lugar. Y eso me parece algo triste y bastante patético. ¿No debería tener grandes sueños y metas aparte de tener hijos o dirigir una guardería?

Este es el hombre que quiere casarse conmigo y tener hijos juntos, así que lo mejor es la sinceridad.

"Aquí. Seguiría viviendo aquí".

Espero risas o incluso algo de perplejidad. Ni una cosa ni la otra. En cambio, una amplia sonrisa envuelve el rostro de Conrad, recordándome lo guapo que es. Me cuesta tragar saliva y cojo mi vaso de agua.

"Puesto que mi negocio está aquí, me gusta esa respuesta". Su sonrisa crece mientras sus cejas lisas y oscuras se hunden sobre sus ojos intensos al inclinarse hacia delante. "Entonces, ¿qué te parece viajar? ¿Algún destino de fantasía o vacaciones de ensueño?"

"Hawai", digo sin pensármelo dos veces, porque quién no quiere ir allí.

Agita la mano. "Hecho. Pero eso es demasiado fácil. Debe de haber algún lugar al que hayas querido viajar que yo no esperaría".

¿De verdad acaba de decir que me llevará a Hawai? Se lo voy a pedir. En cuanto a la otra parte, me viene a la mente un recuerdo borroso de un lugar al que quería ir de niña, pero al que siempre me decían que no. "Alaska".

¿"Hawai y Alaska? Hablando de cambios climáticos extremos". Apoya los codos en la mesa, sus largos dedos se entrelazan y apoya la barbilla en ellos, con un aspecto adorable y perversamente sexy a la vez. "Cuéntame más".

Y así lo hago. Sobre mi deseo de niña de ver la Aurora Boreal porque pensaba que era mágica, mis sueños de hundir los dedos de los pies en las arenas negras de las playas hawaianas y, sobre todo, cómo odio volar, así que ir a cualquiera de esos lugares va a requerir toneladas de ansiolíticos y un compañero de viaje que me cuide.

"Siempre tendré en cuenta tus intereses", dice, cruzando la mesa y cogiéndome la mano. Siempre me sorprende ver cómo su mano se traga fácilmente la mía con su cálido apretón. Y el suave apretón que me da me hace sentir caliente y nerviosa por dentro.

"¿Y tú?"

Sus cejas se arquean. "¿Y yo qué?"

"¿Adónde quieres ir? Un hombre como tú debe de haber viajado por todas partes".

La risa que esperaba antes llega ahora y su mano se aprieta sobre la mía antes de llevársela a la boca, presionando con un beso cada una de las yemas de mis dedos.

"¿Un hombre como yo? ¿Qué tipo de hombre crees que soy, cariño?"

La vergüenza me invade y mi lengua tropieza consigo misma. "Es que eres rico y todo eso", murmuro.

"¿Lo soy?" Vuelve a mostrar sus dientes blancos y perfectos, y no puedo evitar retorcerme bajo la fuerza de su mirada.

"Soy rico", dice con una leve inclinación de cabeza. "No me avergüenzo de ello. Provengo de una familia bastante acomodada y he acumulado mi propio patrimonio gracias a las empresas que he formado y adquirido a lo largo de los años. Me ha permitido vivir cómodamente y viajar. Aunque no tanto como probablemente piensas. Las últimas vacaciones que me tomé fueron hace cinco años, cuando mi hermano menor Anthony se casó en España".

Los dedos de Conrad se entrelazan con los míos, uniendo nuestras manos, y no puedo evitar darme cuenta de lo pálidos y rechonchos que parecen mis dedos frente a los suyos, más oscuros y largos. Él no parece darse cuenta ni le importa, mientras su pulgar frota pequeños círculos contra los míos y sonríe. "Me gustaría ir a Australia".

Nunca lo habría imaginado. Sólo puedo pensar en sus enormes insectos y en la profusión de serpientes venenosas que viven allí. "¿De verdad? ¿Por qué?"

"Dijiste que de niño pensabas que la Aurora Boreal era mágica. Bueno, cuando era niño vi una película sobre un australiano engreído y desde entonces he querido ir".

Sé exactamente de qué película debe estar hablando, y casi puedo imaginarme a un niño pequeño con una salvaje mata de pelo oscuro y serios ojos castaños sentado embelesado ante el Cocodrilo Dundee que blandía un cuchillo. "¿También rogaste a tus padres que te dieran un sombrero negro con dientes de cocodrilo?". No puedo evitar burlarme.

"Lo hice, y fue mi posesión más preciada durante muchos años", me responde.

Nuestra hora de comer se alarga hasta las dos mientras nos sentamos y hablamos de recuerdos de la infancia y, una vez de vuelta en su vehículo, tenemos una sesión salvaje de besos. Conrad es tan apasionado que el mero hecho de estar con él y besarnos es lo bastante excitante como para que me entren ganas de montarme a horcajadas sobre él en el aparcamiento.

Cuando volvemos, me avergüenzo de lo que pueda pensar Jessica, pero ni siquiera levanta sus finas cejas rojas. Nada en sus modales sugiere que sepa o le importe que antes me estaba tirando al jefe en su despacho. Por eso me relajo y el resto del día pasa volando.

Recojo unos cuantos expedientes en el escritorio antes de salir, levanto la vista cuando se abre la puerta y un frío escalofrío me recorre cuando entra mi padre. Se acerca y mira los papeles que tengo en las manos. "Hoy no te he visto mucho", comenta, cogiendo el papel de más arriba.

Dejo que mi padre se quede con el expediente y cojo una carpeta para meter los demás. "Oh, Conrad me mantuvo ocupado".

Sus cejas suben lentamente por su frente. "¿Conrad?"

Con una mueca de dolor, mantengo la mirada baja. "El Sr. Benton me pidió que le llamara por su nombre de pila -le digo en voz baja, cogiéndole de nuevo el expediente y colocándolo junto al resto.

"Alicia... ¿hay algo que deba saber? No está siendo atrevido, ¿verdad?"

La sangre caliente me llena la cara al recordar la forma en que me inclinó sobre su escritorio y me cogió.

"No", digo, levantando la vista y esbozando lo que espero que sea una sonrisa convincente. "En absoluto".

"Porque es mucho mayor que tú y sé que es un hombre atractivo y rico. No quiero que te dejes influir o herir por él". Las grandes manos de papá me cogen por los hombros y me mira con severidad. "Sé lo impresionante que eres. Es un hombre de negocios despiadado y nunca he visto

a una mujer durar con él más de unos meses".

Un poco de inquietud me recorre la espalda y me la quito de encima. Conrad no me ha dado ninguna razón para no confiar en él, así que le tomaré la palabra.

"No tienes de qué preocuparte, papá. Ahora será mejor que me vaya. No quiero llegar tarde". Cojo el bolso de debajo del escritorio y saco las llaves.

"¿Tarde para ir de compras?"

Por un momento, había olvidado que eso fue lo que le dije esta mañana para librarme de compartir el coche. Con una sonrisa radiante en la cara, mis llaves tintinean suavemente mientras juego con ellas. "En realidad, he quedado con una amiga para cenar. Me ha mandado un mensaje y ha coincidido".

"¿Oh? Bien, bien. ¿Joanie? ¿O Carol?"

Mi teléfono suena en el bolso y sé que es Conrad preguntándome dónde estoy.

"No, otra persona. Tengo que irme. Te quiero". Me apresuro a salir, rezando para que mi padre no me siga.

CAPÍTULO NUEVE

CONRAD

Salí pronto de la oficina para preparar algunas cosas para nuestra velada, y ahora estoy fuera de los ascensores esperando a Alicia.

Le preocupa que me precipite y quizá sea así, pero ¿cómo puedo ir más despacio si sé lo que quiero?

Y lo que es más importante, ¿por qué esperar?

El tiempo no es ilimitado. ¿Por qué no pasar cada momento que pueda con la persona que quiero cuando he tardado tanto en encontrarla?

Se enciende la luz del ascensor de la derecha y oigo su zumbido mientras desciende desde las plantas superiores de oficinas. La anticipación me pone tensa, pero cuando las puertas se abren suavemente y Alicia sale, me invade la felicidad más pura.

Incapaz de esperar, la estrecho entre mis brazos y reclamo un beso de sus dulces labios.

Me retiro y le sonrío. "Te he echado de menos".

Con una carcajada, me empuja juguetonamente en el pecho. "Sólo han pasado unas horas".

Le planto un beso rápido en la nariz. "Unas horas es demasiado tiempo. Vámonos".

El trayecto hasta mi casa está lleno de preguntas. Ambos vamos y venimos con nuestros favoritos. Nuestros gustos son variados, y pocas cosas coinciden. No me molesta en absoluto. Ella es joven y está deseosa de explorar nuevas posibilidades, y aunque yo no sea el mayor fan del sushi ni de los lúgubres días de lluvia, estoy dispuesto a darles una oportunidad.

Además, tengo la sensación de que sentarme en algún porche a ver llover con Alicia a mi lado no estaría tan mal. Pescado crudo, eh... Puede que me haga cambiar de opinión, pero es dudoso.

Nos estamos acercando a mi casa cuando de repente pregunta: "Conrad, ¿por qué no tienes hijos?".

"Porque no pensaba en tener hijos antes de verte a ti". Ya está. Lo he dicho. Está ahí, asomando entre nosotros.

"Entonces, ¿cómo estás tan seguro de quererlos ahora? ¿Y si me quedo embarazada y cambias de opinión?"

"No lo haré".

Giro la cabeza ante el suave resoplido que sale de ella. Los hombros de Alicia tiemblan ligeramente y por un momento de preocupación pienso que está llorando. Sólo me relajo cuando unas risitas llenan el vehículo.

"¿Te hace gracia?"

"Sí, lo es", dice ella, intentando aún controlar su risa. "Tantos hombres han dicho a las mujeres esa frase de estar ahí y no cambiar de opinión, y sin embargo lo hacen".

"¿Entonces por qué estás aquí conmigo? ¿Dejando que te folle en carne viva?" No debería, pero hablar de follármela hace que se me hinche la polla. Follar con Alicia sin condón es el paraíso y es algo que quiero volver a hacer muy pronto.

"Porque quiero que lo hagas", dice simplemente.

"¿Y no te preocupa que te abandone?"

Su mano se desliza hasta mi muslo y se posa allí. "No creo que seas ese tipo de hombre".

Ahora me toca a mí resoplar. "Entonces, ¿qué era eso que decías hace un momento de que iba a cambiar de opinión?".

"Bueno, es extraño que seas...", hace una pausa, sus dedos se aferran a mi pierna. "Ni siquiera sé cuántos años tienes".

"Treinta y nueve hasta la semana pasada".

"Oh..."

"Sí, ese hecho también me sorprendió bastante. Hubiera jurado que aún tenía treinta y ocho años". Sonríe, pero Alicia permanece en silencio. "¿Aún te parece bien acostarte con un tío tan mayor?". Intento mantener un tono ligero, aunque se me forma un nudo en el estómago.

Esto es lo que pasa cuando te precipitas. Nunca he sido un hombre impulsivo.

¿Arrogante, descarado y testarudo? Absolutamente.

¿Inapropiado, espontáneo o fantasioso? Yo no soy así. Al menos no antes de ver a Alicia ayer en el parque.

Pero, ¿es realmente tan impulsivo perseguir un objetivo con determinación? Sobre todo cuando ese objetivo es asegurar tu felicidad para el resto de tu vida mediante una esposa y una familia. Porque eso es lo que estoy haciendo aquí.

Y hasta ahora pensaba que estaba teniendo bastante éxito en ello.

Nuestra diferencia de edad no me molesta, aparte de la probabilidad de que me sobreviva una década. Sin embargo, odio la idea de no estar a su lado. Es una realidad dolorosa y, por desgracia, no puedo hacer nada al respecto, ya que no puedo cambiar mi edad ni podríamos habernos conocido antes. Por suerte, con mi buena situación económica, puedo mantenerla bien incluso después de mi muerte.

Pero esas son mis ideas al respecto, las de Alicia pueden ser muy distintas. Me asusta pensar que esto podría ser un motivo de ruptura para ella.

"¿Cariño?" pregunto cuando el silencio se vuelve demasiado para mí.

"Lo siento, Conrad. Es que es mucho que asimilar. Sabía que eras mayor que yo. Sólo que no me había dado cuenta de cuánto más. Tienes muy buen aspecto".

La sensación de calambre en el estómago se alivia ligeramente. "Tú también", digo, apartando los ojos de la carretera para dejar que mi mirada golosa recorra sus encantadoras facciones.

Se estremece y suelta una pequeña carcajada. "Lo siento, nos hemos desviado del tema. Creo que estaba a punto de decir que era extraño que un hombre de tu edad pensara de repente en una familia después de tantos años sin interesarse".

Hago girar los hombros intentando aliviar la tirantez de mi cuello y espalda. "Creo que es más bien que no me di cuenta de que era algo que quería hasta que de repente me di cuenta de lo que me faltaba en la vida".

Se le escapa un pequeño suspiro. "Y de entre todas las mujeres, me elegiste a mí...", susurra.

"De todas las mujeres, tú eres la única que quiero". Coloco mi mano sobre la suya y siento un zumbido de satisfacción. La tensión anterior desaparece y la expectación ocupa su lugar.

Cuando llegamos al gran edificio de veinte plantas donde vivo, sus bonitos labios rosados hacen un mohín. "Creía que íbamos a cenar".

Sonriendo, alargo la mano y le doy una palmada en el muslo. "Así es".

En el interior, todo está en su sitio y es perfecto. Hice que viniera un restaurante local e hicieron un trabajo excelente. La mesa está puesta con un mantel marfil y las copas de cristal brillan junto a la cubertería reluciente. Los platos están en una pequeña mesa tipo bufé cerca de la pared del comedor y, si la comida sabe la mitad de bien de lo que huele, repetiré como cliente

muy feliz.

Durante una comida de vieiras a la plancha, puré de patatas con crema agria y un plato de ostras y setas salteadas sorprendentemente sabroso, nuestra conversación gira en torno a nuestras familias.

Está claro que adora a su hermano Hank. Se le ilumina la cara y sus ojos se vuelven tiernos cuando habla de él. Me dan ganas de verla algún día con nuestro hijo.

Sé que los anticonceptivos tardan un tiempo en hacer efecto en el organismo de una mujer, así que estoy preparado para que pasen meses antes de que Alicia esté embarazada, pero un hombre puede soñar.

Además, será muy divertido trabajar para que se quede embarazada y nos dará mucho tiempo para comprar y decorar la casa.

El silencio me hace parpadear y encuentro a Alicia mirándome fijamente con una dulce sonrisa dibujándose en sus labios.

"¿No estaba prestando atención?"

"No, parecías estar a un millón de kilómetros de distancia. ¿En qué estabas pensando?"

"¿Sinceramente? Dejarte embarazada y comprar una casa".

Un arrebato de color rosa llena sus mejillas y agacha la cabeza. Su pelo rubio cae en una sábana brillante y reluciente que la oculta de mí.

Alargo la mano por encima de la mesa y le aparto los sedosos mechones de la cara. "¿Te da vergüenza?"

Su lengüita sale, se desliza por el labio inferior y atrae mi mirada hacia su superficie regordeta y brillante.

Incapaz de resistirme, me pongo en pie y vuelo alrededor de la pequeña mesa redonda. Alicia me mira, con los labios entreabiertos.

Me abalanzo sobre ella y la beso; mi lengua se sumerge fácilmente entre sus labios para burlarse y jugar con su lengua. El sabor de nuestra comida persiste en nuestras bocas, y me parece tan delicioso como cuando lo comimos.

Cuando está completamente embelesada, me retiro y sonrío a su cara sonrojada.

Parpadea y tarda un momento en centrarse. Me agarra de la corbata verde y me empuja de nuevo hacia su boca.

De buena gana, voy.

Donde quiera que ella quiera ir o llevarme, la seguiré felizmente durante el resto de mis días.

Y cuando termina el beso y sugiere que volvamos al dormitorio, la cojo en brazos y llevo allí a mi preciosa Alicia.

Hacemos el amor lentamente y después nos dormimos abrazados. El final perfecto del día.

"¡Conrad! Despierta!" La voz de Alicia vacila de pánico mientras me sacude el hombro. "¡Tengo que irme a casa, ahora!"

Suspirando, nada me apetece más que disipar sus preocupaciones a besos y lamerle el coño hasta que grite de placer.

Sabiendo que es inútil sugerirlo, en lugar de eso me levanto y me visto. Son casi las once e incluso Alicia se da cuenta de la estupidez de llevarla de vuelta al trabajo para que le devuelva el coche. Se inquieta durante todo el trayecto hasta su casa, inventando excusas para explicar por qué su amiga no le ha devuelto el coche. Mis nudillos se ponen blancos mientras agarro el

volante.

Desprecio esto. No hay necesidad de que esté tan ansiosa o preocupada. No hemos hecho nada malo.

Las luces del porche se encienden cuando entro en la calzada, la puerta se abre de golpe y Henry Walker sale furioso.

"Oh, no", gime Alicia tanteando el cinturón de seguridad.

Con calma, me acerco y le desabrocho el broche, y luego la agarro del brazo cuando hace ademán de salir. "Deja que me encargue yo, cariño".

Sus ojos marrones, llenos de pánico, se abren de par en par y su pelo rubio se agita mientras sacude frenéticamente la cabeza. "No. No quiero que te hagan daño".

La sola idea de que un hombre como Walker me haga daño es absurda. Incapaz de contener mi alegría, echo la cabeza hacia atrás mientras me río. Lo cual es un gran error, ya que el rostro de Alicia se ensombrece y se aparta de mí.

"Alicia, no es..."

Ella no escucha. Abre la puerta de un empujón, sale a trompicones del todoterreno y cierra de un portazo.

La sigo rápidamente sólo para que Walker se interponga en mi camino. El hombre tiene el descaro de enfrentarse a mí, llevándose las manos al pecho.

"¡Sabía que pasaba algo!" gruñe, con los ojos verdes entrecerrados por el odio. "Benton, deja en paz a mi hija. Ya no trabajará en Advantage".

Mi mirada encuentra a Alicia congelada detrás de su padre. "No puedes impedirme que la vea".

"Ni de coña. Puedes pensar que con tu dinero puedes conseguir lo que quieras, ¡pero no a mi hija!".

"¡Papá!" grita Alicia, acercándose a nosotros y poniendo los puños en las caderas.

"Alicia, a casa. Hablaremos de esto más tarde".

"No, papá. Lo hablaremos ahora. Tengo veintidós años y puedo ver y salir con quien quiera".

"Calabaza, no quiero que te hagas daño. Estás fuera de tu alcance. Deberías saber que los hombres como Benton no salen con chicas como tú".

Echándose hacia atrás como si la hubieran abofeteado, el dolor desmorona sus bellas facciones.

Incapaz de soportar ver así a mi amor, aparto de un manotazo las manos de Walker y voy hacia Alicia. Sus ojos llorosos me miran y nada me apetece más que envolverla en mis brazos y llevármela lejos de aquí para siempre. Pero no puedo permitir que esta tontería se interponga entre nosotros y no puedo dejar que pase otro momento sin darse cuenta de su valor.

"No, Walker, soy yo quien está fuera de mi alcance. No merezco a Alicia, pero la quiero".

Sus labios se entreabren y la esperanza brilla en su rostro. "¿De verdad? Conrad, ¡yo también te quiero!"

Nos tendemos la mano, pero el grito de indignación de Walker nos detiene.

"¡Apenas os conocéis!"

"Sabemos lo suficiente", digo, cogiendo la fría mano de Alicia entre las mías. "Ve a por tus cosas, cariño".

"¡Alicia, no vas a ir a ninguna parte!" Walker se agarra a su brazo, pero yo le agarro la muñeca.

"¡No la toques!" gruño, apretándole la muñeca. A Walker se le doblan las rodillas y suelta

un aullido lastimero mientras intenta apartarse.

"Nunca me interpondría entre Alicia y su familia, pero tampoco voy a dejar que tú te interpongas entre nosotros. Tu hija lo es todo para mí y prometo tratarla como el tesoro que es durante el resto de nuestras vidas."

Alicia jadea y se lleva las manos al pecho, mientras una tremenda sonrisa se dibuja en su hermoso rostro.

Los ojos de Walker van y vienen entre su hija y yo.

"Papá, ¿alguna vez he sido impulsiva o rebelde?". pregunta Alicia, acercándose a su padre.

Le suelto pero vigilo para asegurarme de que no va a intentar agarrarla de nuevo.

Un profundo suspiro estremece a Walker. "No, calabaza".

Alicia extiende la mano y se aferra a la de su padre. "Entonces confía ahora en mi criterio. Por favor".

Sus finos labios se tuercen mientras piensa y sacude la cabeza. Finalmente asiente. "De acuerdo, si esto es realmente lo que quieres".

Rodea a su padre con los brazos y lo abraza fuerte, luego me dedica una sonrisa. "Ahora vuelvo".

Se marcha hacia la casa y mi mirada la sigue, viéndola desaparecer dentro.

El bufido de Walker hace que vuelva a centrar mi atención en él.

"¿Por qué ella? ¿Por qué mi hija?", pregunta en voz baja y ronca. "Podrías elegir a la mitad de las mujeres de esta ciudad".

En ese momento me siento mal por él, porque es evidente que nunca ha estado enamorado de verdad. "Porque ella es ella. Mi corazón lo supo en cuanto vi a Alicia. Has criado a una mujer increíble". A regañadientes, le tiendo la mano. "Gracias".

Su agarre es débil y húmedo, pero Walker me ofrece una leve sonrisa.

Aún no hay rastro de Alicia, así que hablo rápidamente. "Alicia no quiere que nadie de la oficina lo sepa todavía. Así que guárdatelo para ti".

Walker levanta las cejas desgreñadas y sus ojos se desvían hacia la casa cuando Alicia sale llevando una pequeña bolsa de lona, con una sonrisa radiante en el rostro.

"No diré ni una palabra", dice.

Es probable que Alicia no me deje despedir a su padre, pero si descubro que ha faltado a su palabra, habrá que pagar un infierno.

Viniendo directamente hacia mí, Alicia me entrega su sucia bolsa de lona y sonrío a su padre. "Vendré mañana a ver a Hank. Nos vemos en el trabajo, papá". Cogiéndome de la mano, me lleva de vuelta a mi gran todoterreno.

Dentro del espacioso vehículo, ella mira fijamente hacia delante en silencio, y yo espero pacientemente, dispuesto a estrecharla entre mis brazos y enjugarle cualquier lágrima.

Luego se ríe, con un sonido brillante y alegre. Volviéndose hacia mí, se lanza hacia delante y sus labios buscan los míos con avidez. Su dulce lengua me hace abrir la boca y se sumerge en ella acariciándola y explorándola mientras pequeños gemidos se deslizan entre nuestros labios apretados.

El beso termina demasiado pronto para mi gusto, aunque ella mantiene sus palmas amorosamente ahuecadas alrededor de mi mandíbula. "Conrad, ha sido maravilloso. ¿Y tú me quieres? ¿De verdad?"

"Te adoro. Te adoro", le digo esperando que pueda ver la profundidad de mis sentimientos en mis palabras y en mi tono.

Dejando escapar una carcajada, le doy un beso rápido en los labios. "¿Por qué crees si no

que quiero mudarte y comprometerme?".

El rosa florece en sus mejillas. "Pensé que quizá era tu forma de engatusarme para que me quedara embarazada".

"Bueno, no hay ninguna duda de que quiero eso. Pero podría dejar embarazada a cualquier mujer".

Se le escapa parte del color de la cara y sus ojos brillantes se apagan cuando sus manos se deslizan fuera de mi rostro.

Rápidamente, los cojo y los vuelvo a apretar contra mi cara, donde deben estar. "Pero no quiero eso. Te quiero a ti y sólo a ti". Girándome, beso sus dedos. "Te quiero, Alicia".

Su rostro está radiante mientras sonrío. "Y yo a ti, Conrad".

Este beso se vuelve mucho más acalorado, y no puedo llevarla a casa lo bastante rápido. Más tarde resolveremos los detalles del trabajo, el tipo de casa que quiere, la compra de anillos y las bodas. Por ahora, quiero amar bien a mi amada.

EPÍLOGO

UN MES DESPUÉS
CONRAD

"No puedo creer que tenga que conocer a toda tu familia a la vez". Alicia se retuerce y se ajusta los tirantes del vestido. En la última semana, sus pechos se han vuelto sensibles y han aumentado de tamaño, aunque las pruebas de embarazo siguen dando negativo. No tiene la regla hasta dentro de cuatro días, así que probablemente sea demasiado pronto para detectarlo. Con suficiencia, no puedo evitar alegrarme mentalmente de haberlo conseguido tan rápidamente.

"En realidad, mi hermano James y su familia no estarán aquí, así que técnicamente no conocerás a toda la familia".

Alicia me lanza una mirada sucia que me hace reír. En el mes que llevamos juntas, ambas hemos aprendido mucho la una de la otra. No todo bueno, pero tampoco malo. Yo soy de las que aprovechan el día, mientras que Alicia tarda unos treinta minutos en levantarse de la cama antes de poder tolerar mis tonterías matutinas, como ella llama cariñosamente a mi actitud de levantarme de la cama cuando suena la alarma.

Cuando come patatas fritas en el sofá, me tiembla el ojo izquierdo y me dan ganas de coger la aspiradora.

También hemos visto varias veces a su hermano pequeño Hank. ¿Y ese dulce momento que presencié en el parque que hay detrás de mi oficina? Los recuerdos de eso me ayudan a superar los momentos menos dulces en los que Hank se tira descaradamente al suelo y grita porque le he dado una galleta y él quería dos. Y lo que realmente le enfureció fue que se la puse en un cuenco, no en un plato como hacen Allie y mamá.

Y, con suerte, dentro de nueve meses tendré mi propio paquete de alegría y mini demonio gritón. Y me muero de ganas.

Tampoco puedo esperar a presentársela a mi familia. Quería que asistiera a nuestra gran reunión familiar de hace dos semanas, cuando todos mis hermanos y sus familias se reunieron en casa de mis padres, pero ella ya tenía planes con su familia y al no ver a Hank a diario no quería suspender su viaje de fin de semana.

Así que llegamos a un acuerdo.

Y lo estamos haciendo mucho. Sustituyó a Jessica en el trabajo y, aparte de la ventaja de un revolcón a mediodía en mi mesa, dijo que el trabajo de oficina no era para ella. En lugar de eso, ahora dedica su tiempo y atención a buscarnos la casa perfecta y a hacer planes para una guardería. Aunque no será una cuidadora activa, será la propietaria.

Estoy más que dispuesta a financiar su sueño, pero ella insiste obstinadamente en que quiere informarse sobre las subvenciones iniciales disponibles. Así que la dejo que haga lo que quiera y sonrío mientras me da la lata con el interminable papeleo.

Hablando de trabajo, Walker fue fiel a su palabra y mantuvo la boca cerrada sobre mi romance relámpago con su hija. Aunque las cosas se filtraron rápidamente cuando varios empleados me pillaron besándola en el ascensor. Alicia se sonrojó, y yo sonreí como el tonto feliz que era.

Es muy poco profesional, pero es mi empresa, maldita sea, y si quiero besar a mi novia, lo haré. También tenía grandes planes de tomarla en varios lugares de la oficina, con las cámaras de

seguridad apagadas, por supuesto. Pero cuando mencioné hacerlo en la mesa de su padre, Alicia se negó en redondo. Así que decidimos hacerlo en la mesa de reuniones con las puertas cerradas.

"¿Lista?" le pregunto cuando sigue trasteando con el vestido.

"No", dice ella, alisando con las manos la ya impoluta falda del vestido.

Cubriendo su mano con la mía, sus movimientos se detuvieron. "Alicia, te querrán porque yo te quiero".

Sus grandes ojos marrones brillan con una película de lágrimas mientras fuerza una sonrisa vacilante. "Pero no soy alguien que esperen. Esperan que estés con alguien como Jessica. Una mujer equilibrada, hermosa y...", se interrumpe.

Lucho contra las ganas de gemir. Después de que Jessica se fuera de vacaciones, Alicia me preguntó si alguna vez habíamos tenido algo y, a pesar de mi muy sincera respuesta de que nunca, ella sigue pensando que al menos quise a mi ayudante en algún momento.

Le aprieto la mano, me la llevo a los labios y le doy varios besos ligeros en la suave piel del dorso. "Mi familia no espera nada de eso. Si tienen alguna idea preconcebida sobre mis gustos en cuanto a las mujeres, no la han compartido conmigo. Cuando nos vean juntos, sabrán qué mujer prefiero". Mordisqueo las yemas de sus dedos, una acción que le arranca una sonrisa. "La mujer que amo... y que todavía no me deja regalarle un anillo", gruño la última parte y le doy un pellizco en el meñique.

El color caliente llena sus mejillas redondas. "Pronto, ¿vale?", murmura.

"Voy a hacer que lo cumplas", le digo, deslizándola una palma por detrás de su cabeza y enredando los dedos en el sedoso vello de su nuca.

"Ahora, vamos a conocer a mi familia para que no te avergüences cuando la próxima vez que los veamos anunciemos nuestro compromiso y tu embarazo".

Un chillido de protesta sale de Alicia, que mis labios absorben mientras mi boca cubre la suya.

Suspirando, sus brazos se enroscan en mi cuello y se entrega a la magia de nuestro beso.

Somos dos personas totalmente distintas, pero de algún modo, a pesar de las probabilidades, conseguimos encontrarnos y planeamos construir una vida juntos. La mano que no está en su pelo baja y se aprieta contra su vientre, donde con suerte crece la prueba de nuestro amor incluso ahora.

Siempre estaré agradecida por el día en que Alicia besó al jefe de su padre y se arriesgó con un hombre que vio la eternidad en sus ojos.

ALICIA

A pesar de las fervientes promesas de Conrad, mi mano aferrada a la suya está húmeda y siento como si las mariposas de mi estómago quisieran salirse por la boca mientras me guía por el pasillo. Contemplo la enorme monstruosidad de casa a la que, según él, se mudaron sus padres cuando se jubilaron, y me dan ganas de dar media vuelta y salir corriendo.

Sí, Conrad es rico y yo tengo acceso ilimitado a su tarjeta bancaria, pero me quiere. Además, pasa la mayoría de las noches con la cabeza hundida entre mis muslos regordetes, lamiéndome y chupándome el coño alegremente. Mi peso no ha sido un problema para él, y me miró con extrañeza la única vez que saqué el tema. Para él, soy perfecta tal como soy.

Pero eso no es en absoluto lo que piensan los demás. Veo las miradas de asombro y perplejidad en los rostros de la gente una y otra vez cuando salimos juntos y se dan cuenta de que sí, la chica con curvas está efectivamente con el tío superguapo.

Y no me molesta. Al menos, ya no.

Excepto que ahora sí, porque no son desconocidos al azar que no volveré a ver en mi vida. Estas personas son la familia de Conrad. El abuelo, la abuela, el tío, la tía, los primos, etc., de nuestros futuros hijos. Estas personas importan y estoy tan aterrorizada de no gustarles que me dan ganas de vomitar.

Conrad no llama al timbre ni llama a la puerta; la abre despreocupadamente y entra conmigo. Estoy tirando de su brazo, un poco asustada de que se haya dejado entrar solo, cuando una voz femenina y aguda rompe el silencio.

"¡Conrad!"

Una mujer alta, con una larga melena plateada que cae como una cortina reluciente sobre sus hombros, avanza a grandes zancadas. Su traje pantalón morado se ajusta perfectamente a su esbelta figura y, si no hubiera visto el parecido inmediato con mi novio, no habría creído que esta mujer despampanante es su madre. Su piel bronceada es varios tonos más oscura que la de Conrad, lo que hace que su pelo sea aún más llamativo.

Cuanto más se acerca, más nerviosa me pongo. Un largo riachuelo de sudor serpentea por mis omóplatos antes de posarse en la hendidura de mis nalgas, haciéndome sentir realmente desaliñada y miserable.

"Madre". Conrad tiende las manos hacia las de su madre, y veo cómo se acercan y se dan el más breve de los abrazos antes de que ella se separe de él y se vuelva hacia mí.

De cerca, es aún más hermosa. Su rostro tiene leves líneas de expresión alrededor de los ojos y la boca, pero en todo caso realzan sus brillantes ojos azules y sus amplios y sonrientes labios rojos.

"Y ésta debe de ser Alicia". Extiende las manos de forma idéntica a como lo hizo Conrad y, con cautela, cojo sus delgadas manos y dejo que me acerque. Con los tacones puestos, estamos casi a la misma altura, lo que hace que ella mida casi dos metros. No puedo evitar preguntarme si fue modelo en su juventud.

Todavía me agarra las manos con las suyas, sorprendentemente frías, y se vuelve hacia Conrad. "Es preciosa".

¿Preciosa? No puedo decir que nunca me hayan llamado así.

"Alicia, mi madre, Katherine".

Katherine aparta una mano y la agita hacia su hijo. "Tonterías. Que me llame madre". Sus ojos azules se clavan en los míos y juro que me taladran el alma. "¿No es cierto?"

Sin esperar mi respuesta, engancha su brazo al mío y empieza a alejarse.

No tengo más remedio que seguirle, lanzando una mirada suplicante a Conrad por encima del hombro.

No es de ninguna ayuda y se limita a sonreír y seguirnos.

Katherine me palmea la mano enroscada en su delgado brazo y sonríe. "Me alegro mucho de conocerte por fin, Alicia. Parece que mi hijo se ha tomado a pecho mi consejo. Su padre y yo no nos hacemos más jóvenes, y estaría bien verle establecido y casado antes de que muramos."

¡Madre mía! ¿Habla así a todas las novias de Conrad?

Consigo esbozar una débil sonrisa. "Encantado de conocerte a ti también, Kather-".

Ante su mirada fulminante, me detengo rápidamente y chillo: "Madre. Encantada de conocerte, madre".

Su boca se relaja y me da otra palmadita en la mano antes de conducirnos a través de unas puertas francesas abiertas a un enorme patio lleno de sillas amarillas y naranjas de colores brillantes, mesas con sombrillas a rayas a juego y un puñado de adultos y unos cuantos niños.

"Todos, ésta es Alicia, la novia de Conrad", anuncia con grandilocuencia.

Todo el mundo se vuelve y me mira como si fuera un bicho nuevo y excitante. Si pudiera hundirme entre los adoquines del patio como un charco de sustancia viscosa y desaparecer, lo haría en un santiamén.

Lamentablemente, no puedo. Así que mantengo la barbilla alta y dejo que mi mirada recorra el lugar y los acoja igual que ellos hacen conmigo.

Conrad me dijo que su hermano Anthony era un año más joven y, después de ver a Katherine, supe que la buena apariencia era cosa de familia. Sin embargo, nada podría haberme preparado para el hecho de que Anthony pudiera ser el gemelo de Conrad. Hasta la rápida sonrisa de tiburón que me dedica.

Katherine me lleva alrededor de las mesas presentándome a Anthony, a su mujer Donna, que es una pelirroja deslumbrante con la cara llena de pecas, a sus tres hijos, todos con el pelo rojo brillante de su madre, y finalmente a un caballero de pelo plateado y ojos negros afilados que sólo puede ser el padre de Conrad.

Es mucho mayor que Katherine, o simplemente no ha envejecido tan bien como ella. Sus hombros, aún imponentes, están caídos hacia delante y su rostro tiene líneas talladas profundamente en los pálidos pliegues de su piel. Su polo verde le queda como si hubiera adelgazado mucho recientemente y sus enormes manos manchadas tiemblan al agarrarse al borde de la mesa redonda del patio.

"Jason, ésta es Alicia, la novia de Conrad", dice Katherine en voz baja, dándome un ligero empujón como si me presentara para su inspección.

Esos ojos oscuros, tan parecidos a los de Conrad, se mueven lentamente sobre mí, sin dejar entrever lo que está pensando. Luego se desplazan por encima de mi hombro hasta donde siento la presencia de Conrad un instante antes de que su mano se deslice alrededor de mi cintura, anclándose a él.

"Mi futura esposa", dice. "Sólo que aún no me deja darle un anillo".

Mi jadeo queda ahogado por las ruidosas y excitadas felicitaciones que nos lanzan. Clavo un dedo en el costado de Conrad. "¡Has dicho que la próxima vez!" siseo.

"No puedo mantenerlo todo en secreto", dice con esa voz grave que hace que se me enrosquen los dedos de los pies en los talones. "Y menos mis sentimientos por ti".

"Bueno, ¿cuál es el problema, jovencita? ¿No quieres casarte con mi hijo?" ronca Jason.

Sobresaltada, mis ojos vuelan hacia él mientras las risitas roncadas de Conrad llenan mis oídos.

Ninguno de ellos ve nada fuera de lo normal en lo rápido que ha surgido nuestra relación. Por otra parte, Conrad me habló del enfado de su madre por su soltería, así que esto debe de ser un sueño hecho realidad para ella.

"Sí, quiero", digo, girándome para mirar al hombre que adoro. "Supongo que tendrá que pedírmelo como es debido".

Conrad me agarra de la mano, parece dispuesto a arrastrarme fuera de la tienda de anillos y yo me río y tiro de él hacia atrás.

"Mañana nos iremos", le digo, rodeando con mis brazos su recortado medio. "Hoy se trata de pasar tiempo con tu familia".

"Ahora también es tu familia", murmura, inclinándose y dándome un beso rápido en los labios.

Tiene razón, ellos también son mi familia, lo que significa que el tiempo de estar nervioso por las cosas equivocadas ha pasado. El futuro parece brillante y lleno de felicidad, así que ahí es

donde centraré toda mi atención. Directamente en las cosas que realmente importan.

Sonriendo, cojo la mano de Conrad y nos sentamos a la mesa con su padre, nuestras manos unidas descansando en mi regazo.

Y sé que la próxima vez que estemos aquí habrá un anillo en mi dedo, y tendremos una emocionante noticia sobre el bebé que compartir.

EPÍLOGO EXTRA

SIETE AÑOS DESPUÉS
ALICIA

"¡Gilipollas!" Frunzo el ceño a mi risueño marido y el imbécil sólo se ríe más.

Al acercarse, Conrad me planta un sonoro beso en la frente. No puede evitar enseñorearse de mí por el hecho de que tenía razón... otra vez.

Parece que siempre sabe que estoy embarazada antes que yo. Afirma que me pongo más cachonda de lo normal y que mi coño se vuelve de un color rosa más oscuro. Como no paso tiempo estudiándome el coño, tendré que creer en su palabra, ya que nada le gusta más que acercarse a mis partes íntimas.

"Cinco de cinco", cacarea. "Supongo que este viejo aún lo tiene".

Apenas me contengo de poner los ojos en blanco. Puede que tenga hilos plateados en su espeso pelo oscuro y unas cuantas líneas más en la frente y arrugas en la piel de las comisuras de los ojos, pero mi marido no parece ni mucho menos viejo. Lamentablemente, desde que cumplió los cuarenta y seis hace dos meses, últimamente se refiere a sí mismo como viejo. Y, francamente, empieza a molestarme.

Evelynn, nuestra hija de diez meses, chilla y le agarra la nariz. Al verle hacer una mueca de dolor, me apiado de él y le quito los dedos con suavidad. Él coge sus deditos y finge comérselos, lo que la hace chillar un poco más.

Es un padre increíble, exactamente lo que yo quería cuando soñaba con tener hijos hace tantos años. Y me advirtió que quería una familia numerosa y que planeaba dejarme embarazada. Estuve totalmente de acuerdo hasta el cuarto embarazo.

Mi embarazo de Evelynn fue duro para mí, con tres niños pequeños a mis pies. Conrad hizo todo lo que pudo, pero seguía necesitando estar en el trabajo, y yo era testaruda. Quería contratar a una niñera a tiempo parcial para que me ayudara mientras él no estaba en casa, pero yo me negué.

Pero ahora, mirando fijamente la prueba de embarazo, que obviamente ha dado positivo y confirma que el bebé número cinco de Benton está en camino, me rindo. "Vale, busquemos una niñera".

Los labios de Conrad se curvan en una mueca y no, eso no puede ser, así que añado: "O podríamos aceptar la oferta de tu madre...".

Se le cae la sonrisa y sus ojos oscuros se abren cómicamente. "No. De ninguna manera. Contrataremos a dos niñeras".

"Vamos, no es tan mala".

En realidad no debería burlarme de él, pero a veces se me va la boca.

Cuando nació nuestro primer hijo, CJ, la madre de Conrad se empeñó en venir a visitarnos a diario durante las tres primeras semanas. Y oye, si quería coger al bebé mientras yo dormía la siesta, me parecía perfecto. Pero por lo visto, según Conrad, era una acaparadora de bebés, y él se quejaba de tener que mendigar sólo para coger a su propio hijo.

La situación empeoró cuando nació nuestro segundo hijo, Alexander, dos semanas después de la muerte del padre de Conrad, Jason. Katherine estaba sufriendo mucho por su marido de cincuenta años y tener un bebé al que adorar ayudó. Y absolutamente acogí a mi suegra en casa

durante ese tiempo, salvo que se presentaba a las dos o las tres de la madrugada y se metía en casa con la llave que Conrad le había dado para emergencias. Y cuando entré en la habitación de Alex y la encontré inesperadamente sentada en el sillón, sollozando sobre él, Conrad y yo tuvimos que sentarnos y tener una charla muy incómoda con ella.

Después se disculpó y redujo sus visitas. Tras el nacimiento de Gregory y, un año después, de Evelyn, se ofreció a vivir con nosotros unos meses y ayudarnos en la transición a una familia más numerosa con cuatro hijos, todos menores de seis años.

Pocas veces he visto a mi marido perder la compostura, pero las dos veces que se ofreció parecía que se había tragado un bicho y que podía expirar en el acto.

"No le diremos que vamos a tener otro hasta que nazca el bebé", anuncia, haciendo rebotar a Evelyn en sus brazos.

Me hurgo en el vientre. A pesar de ser una chica grande, sigo teniendo una barriguita bastante decente hacia los seis o siete meses. Así que, aunque realmente quisiera ocultar mi embarazo, no puedo disimular el hecho de que mi aumento de peso es algo más que demasiadas raciones de macarrones con queso.

Extendiendo los brazos, le quito a nuestra única hija y salgo del baño para ver cómo están los chicos.

Como son más de las once de la noche, es un alivio encontrarlos a todos todavía en sus camas y durmiendo. Últimamente, nuestro Alex de casi cinco años tiene pesadillas y quiere dormir en la cama con nosotros. Es sorprendente que no se meta en la cama con uno de sus hermanos, ya que todos comparten habitación.

En el intervalo entre salir del baño y comprobar cómo están los chicos, Evelyn ha empezado a frotarse la cara contra mi hombro y a hacer ruiditos quejumbrosos.

Conrad y yo nos miramos y nos dirigimos a su habitación. Conteniendo nuestras respiraciones colectivas, la bajamos con cuidado a su cuna. Salimos de la habitación y él cierra la puerta de un tirón, pero no lo suficiente para que se trabe y ese pequeño clic la despierte.

"Esos dientes le molestan mucho", susurra Conrad mientras caminamos por el pasillo hacia nuestro dormitorio.

"Ya lo sé. Últimamente está hecha un verdadero monstruo de la baba y lo mastica todo".

En los siete años que llevamos juntos, hemos perfeccionado nuestra rutina nocturna, entrelazándonos el uno con el otro en el baño mientras nos preparamos para acostarnos.

Me meto en la cama con un suspiro y me acurruco con una almohada mientras me tumbo de lado. El gran cuerpo de Conrad me sigue, y me convierto en la cuchara pequeña de su cuchara grande. Una de sus manos juega con mi larga melena, mientras la otra se dirige a mi estómago y sus labios rozan mi mandíbula y mi cuello.

"¿Contento?", susurra.

"Sabes que sí... es sólo una sorpresa. Es decir, tomo anticonceptivos y sigo dando el pecho a Evelyn".

"Debe de ser porque soy muy potente". Sus labios se acercan a mi oreja y le da un ligero pellizco al lóbulo antes de que su lengua recorra el borde exterior.

Siento la dura presión de su polla contra mi culo y, a pesar de estar cansada, no puedo evitar dar un pequeño meneo contra ella.

Las manos de Conrad se mueven hacia mis hombros, sus largos dedos se clavan justo donde lo necesito. "¿Te apetece un masaje en la espalda?", me pregunta.

Se me escapa un pequeño bufido. "¿Un masaje en la espalda? No volveré a caer en eso. Creo que así es como me engañaste para quedarme embarazada esta vez".

"Mmm..." murmura contra mi piel, su aliento cálido y familiar. "Entonces, ¿qué tal si me dejas que te dé placer? Me rodea el cuerpo con una mano y me agarra un pecho grande.

Gimo mientras me acaricia y amasa, haciendo rodar el pezón y pellizcándolo ligeramente. Frotándome el culo con más fuerza contra su erección en tensión, giro la cabeza para darle un beso. "Me gusta cómo suena eso".

"Bien". Su boca desciende en picado, reclamando mis labios en un beso lleno de promesas mientras su mano abandona mi pecho y desciende por mi vientre hasta el montículo de mi coño.

Su tacto nunca deja de conmoverme y, cuando desliza sus dedos en mis bragas, ya estoy resbaladiza para él.

"Alicia", gime contra mi boca, mientras sus dedos se deslizan por los sedosos labios de mi coño. Me pellizca ligeramente el clítoris y yo bombeo las caderas, buscando más de ese delicioso contacto.

Conrad me da lo que quiero. Siempre lo hace.

Es un hombre de negocios fuerte y decidido, un marido y padre dulce y cariñoso, y como amante domina hábilmente mi cuerpo, llevándolo una y otra vez a las cumbres del placer.

Con dos dedos, los hace girar alrededor de mi clítoris, dejándome temblar y jadear mientras me retuerzo y me agito contra sus dedos.

Le encanta burlarse de mí, acercando sus dedos a mi entrada, pero sin llegar a introducirlos del todo.

Apartándome de su boca, jadeo e intento recuperar el aliento. "Conrad", suplico, "te necesito".

Me golpea ligeramente los labios del coño. Mi gemido llena la habitación y ambos nos quedamos inmóviles.

A pesar de que nuestra habitación está al final del pasillo de la de los niños, siempre me preocupa que nuestra diversión nocturna les despierte. Intento no hacer ruido, pero a veces me dejo llevar demasiado por el momento y no puedo pensar en nada más allá de ser rellenada por la gruesa polla de mi marido.

Esforzando los oídos, no oigo nada y vuelvo a relajarme.

Los dedos de Conrad empiezan a moverse de nuevo, acariciando ligeramente mi clítoris y mi entrada.

"¿Vas a poner en práctica esa gran polla o qué?"

"¿Es eso lo que quieres? ¿Mi gran polla en tu pequeño coño?"

Sin esperar mi respuesta, Conrad se cierne sobre mí y me pone boca arriba, encajando una pierna entre mis muslos.

Ansiosa, abro las piernas para él, y mis caderas se balancean mientras él se acomoda entre ellas. Guía su polla hasta mi abertura y presiona la punta caliente en su interior.

"Más", exijo, mirando fijamente la figura sombría de mi marido.

"Oh cariño, te daré cada centímetro que tengo. Sabes que me encanta estirar este coño". Su pelvis empuja hacia delante, dándome exactamente lo que quiero, su polla muy, muy dentro.

Me agarro a su culo y me arqueo, haciendo rechinar mi clítoris contra la base de su polla.

"¿Aún quieres más?", bromea, moviendo las caderas hacia atrás antes de golpear hacia delante.

Duro y rápido, me coge.

Y yo me agarro para el viaje, amando cada duro empujón de su polla.

"Joder, te quiero", gruñe Conrad mientras embiste una y otra vez, la cabeza grande y acampanada de su polla golpeando un punto en lo más profundo que me vuelve loca.

"Yo también te quiero", jadeo, sintiendo que mi orgasmo aumenta.

"Entonces ven para mí. Apriétame la polla, cariño".

Sus palabras me llevan al límite, y hago lo que me pide, con mis paredes internas apretando su polla con fuerza mientras mi coño lo ordeña.

Con un gruñido grave, se corre, y su chorro caliente entra en mí mientras su polla se sacude dentro de mi cuerpo.

Conrad se retira de mi coño y, tras plantarme un beso en la mejilla, se levanta y se dirige al cuarto de baño.

Me quedo tumbada con su semilla goteando entre mis muslos y miro fijamente al techo oscuro.

Nunca podría haber imaginado que un simple viaje al parque que hay detrás del trabajo de mi padre cambiaría mi vida de una forma tan radical. El mismo parque al que ahora llevo a nuestros hijos antes de dirigirnos a Advantage y almorzar tanto con mi marido como con mi padre.

Mis manos recorren mi cuerpo hasta posarse en la parte inferior de mi vientre. Mi vida ha sido maravillosa desde que conocí a Conrad y sólo va a ser más ajetreada y caótica cuando demos la bienvenida a este nuevo bebé a la familia.

Y no podría estar más feliz ni más agradecida de tener a Conrad a mi lado en cada momento.

Vuelve y presiona una toallita fría entre mis piernas, limpiándome, y suelto un suave suspiro.

"¿Estás bien?", pregunta.

"Mejor que bien. Te tengo a ti".

Sus risitas me traen otro torrente de calor al pecho.

"No, te tengo a ti", dice suavemente, acercándose a mí y apartándose el pelo sudoroso de la cara. "Tú y los niños lo sois todo para mí. No pasa ni un momento sin que atesore lo que tenemos. Te quiero".

"Te quiero", susurro, inclinándome y encontrando sus labios en la oscuridad.

Nuestro beso es ligero y dulce y está lleno de la promesa de nuestro futuro. Nunca sé lo que me deparará cada nuevo día, pero sé que estará lleno de amor con este hombre increíble a mi lado.

Gracias por leer la historia de Conrad y Alicia. Me divertí mucho escribiendo esta historia de instagram y espero que la hayas disfrutado. Por favor, deja una reseña porque me encanta conocer la opinión de mis lectores.

Y como siempre, queridos lectores, ¡seguid leyendo!